







J. BELLVER CAL



EL CORPUS EN GRANADA



# EL CORPUS EN GRANADA

(Evocación de sus fiestas)

3



J. BELLVER CANO

---

EL CORPUS  
EN  
GRANADA

(EVOCACIÓN DE SUS FIESTAS)

Prólogo de JUAN ECHEVARRÍA

Epílogo de RAIMUNDO DOMÍNGUEZ

2.<sup>a</sup> EDICIÓN

MADRID

Lib. de Fernando Fé  
P. del Sol, 15

GRANADA

Tip. I. Ventura López  
Gran Vía, 12



DEL MISMO AUTOR .

EN PRENSA

**Justicia.** (El fallo de un jurado). Novela anecdótica. Aparecerá en Julio inmediato.

**Amores ciegos.** Novela. Aparecerá en Septiembre.

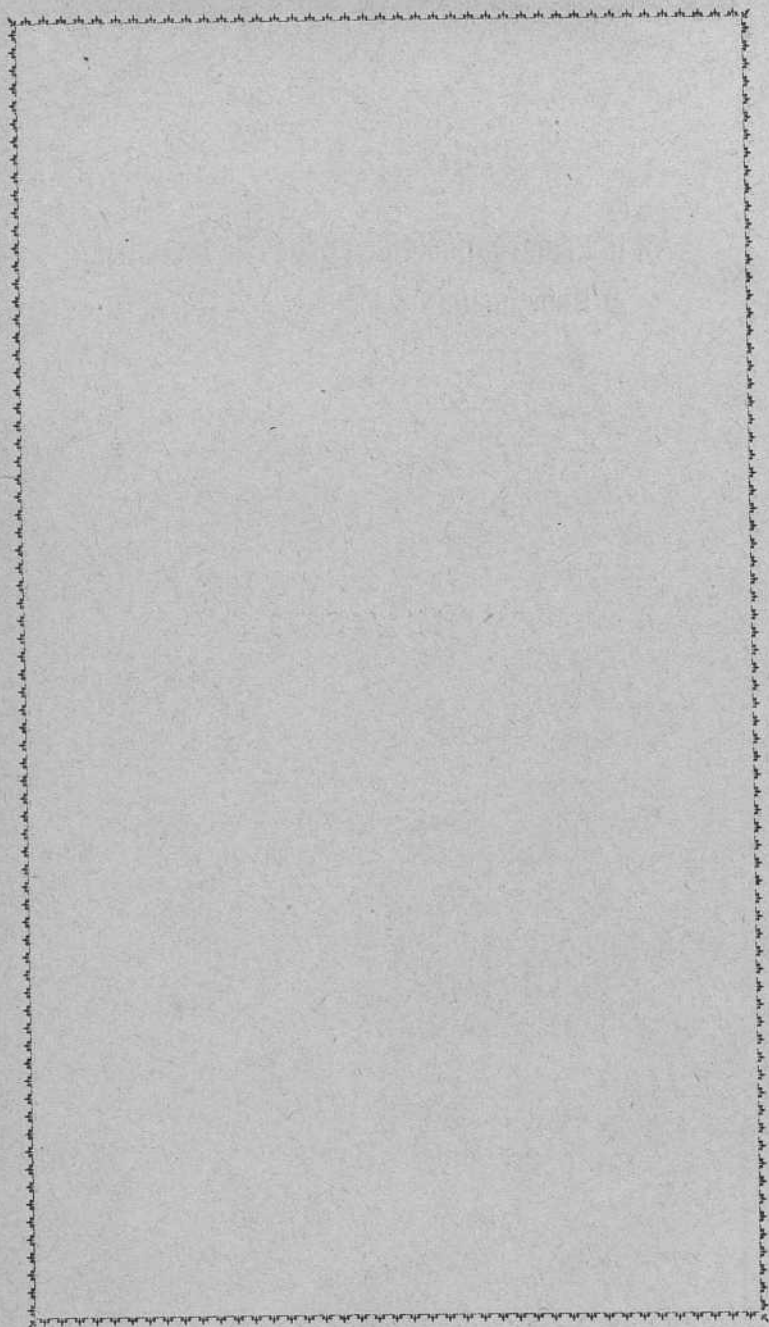
EN PREPARACIÓN

**Granada en 1913.** (Políticos y artistas). Estudios biográficos y críticos. Aparecerá en Diciembre. Obra de verdadera sensación.

**Carne rebelde.** Novela.

**Los ojos de la sultana...** Leyenda.

DEDICATORIA



## A la Cámara Oficial de Comercio, Industria y Navegación de Granada.

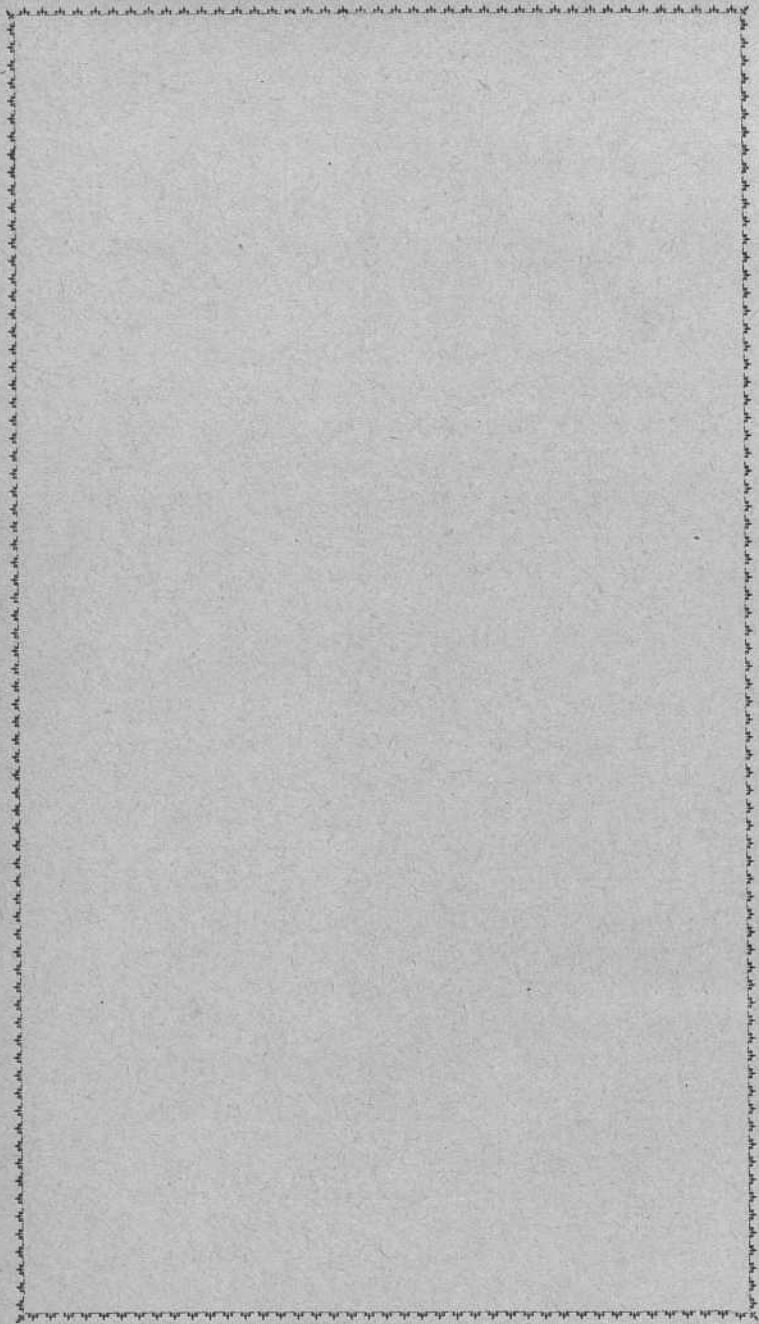
*Trabajo y Producción, son las únicas potencias redentoras que alientan nuestra esperanza de futuro esplendor patrio.*

*Las Cámaras oficiales del Comercio y de la Industria, deben reunir en su seno a los elementos que encarnan dichos factores; Atesoran por lo tanto, espíritus independientes que en aras del fin que las dió vida, desentienden los fulanismos que destrazan la nación.*

*En Granada dicha entidad es conglomerado de su pueblo activo.*

*Yo dejo en la mesa presidencial de sus juntas, las cuartillas de este pequeño libro, en ofrenda que elevo a la ciudad con cariño y devoción.*

J. Bellver Cano



## CONFIDENCIA

**S**UPONGO lector mío, que no serás de aquellos que comienzan a leer las obras por las páginas finales, sacrificando de este modo la virginidad del secreto de las mismas que es a veces su principal atractivo; o haciendo, y ello es peor, un desbarajuste de episodios; que destrozan lo que proyectara el autor al escribir.

De todos modos si así fueses y llegas hasta aquí, debiera de felicitarme por haberte traído a estas líneas que envuelven una confesión; y si por estas páginas comienzas, aún más deseo atajarte en su lectura diciéndote que llevas a tus ojos solamente unos modestísimos trabajos que planeé, artículos de periódico, y que insistencias cariñosas me hicieron bocetar para estos plieguecillos. Ello y el deseo de brindar a Granada mis primeros apuntes para un libro, me han decidido a publicar el presente.

El dedicarlos a esta tierra me debió haber obligado a escribir una obra del

*más castizo valer literario. Pero solo pude hacer lo que más adelante juzgarás, y aspira a darte una pequeña sensación de las fiestas del Corpus granadino: Ojalá lleguemos a conseguirlo entre tu claro juicio y mi buena voluntad. Ya termino.*

*No puedo dejar la pluma sin estampar el recuerdo de la tierra en que nací: Almería, a la que guardo tantos cariños, en lo más hondo de mi alma de español.*

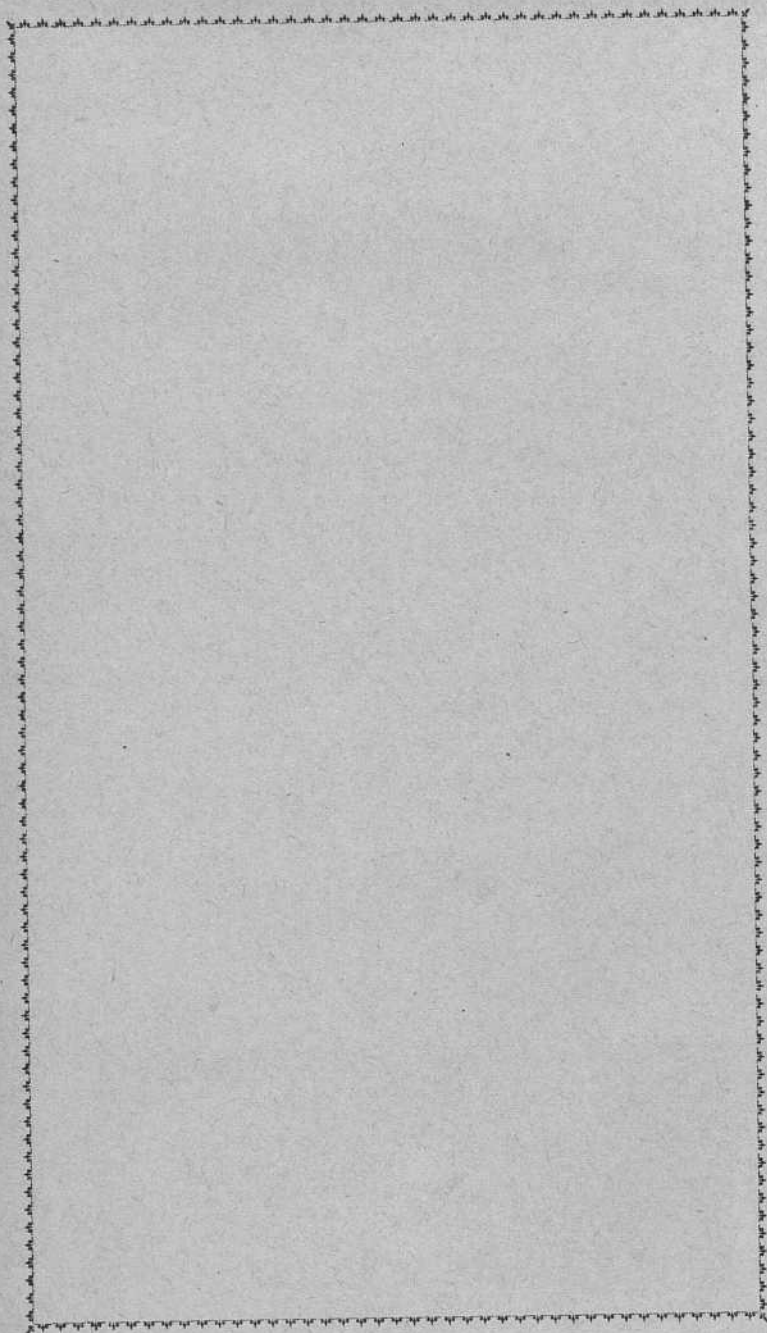
*Yo deseo que al conocer ella el tributo que a su hermana le rindo de estos amores míos, sienta ansias del fraternal abrazo, que yo me atrevo a descubrir con mis palabras.*

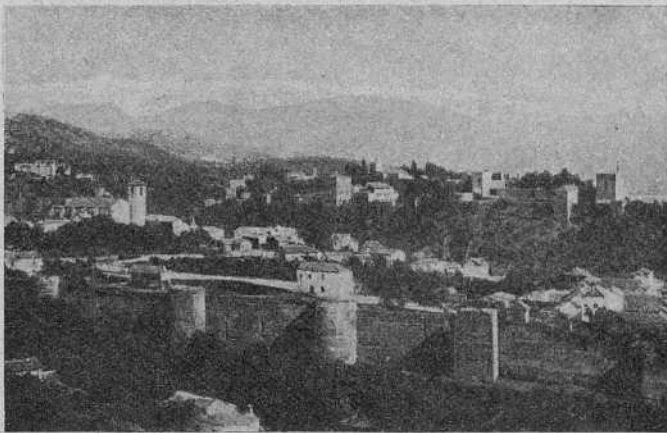
*Mi Almería y mi Granada: Aquella me vió nacer, y ésta me ha visto vivir otorgándome el cariño de una moza y el amor de nuestros hijos; de los cuales uno es ángel que me robó la muerte y cuyos restos guardo avaro en Sacro-Santa tierra granadina.*

*A vosotras, mi Granada y mi Almería, os coja el beso de respeto y majestad, que mentalmente os dirige el que refundidas en su pecho os concibe sola reina del trono de sus ensueños.*



# PRÓLOGO





## PRÓLOGO

de JUAN ECHEVARRÍA

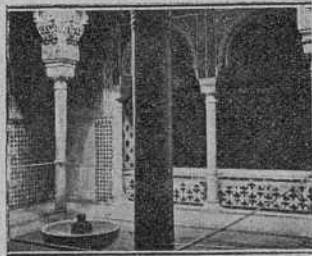
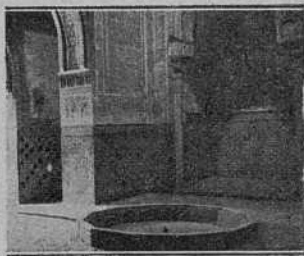
**P**ÍDEME, el amigo Bellver, un prólogo para estos apuntes de EL CORPUS EN GRANADA, y me pone en grave aprieto. Prologar un libro, es tarea de exposición y crítica; de presentación del autor; de elogio de sus lucubraciones. Y yo soy un rudo periodista, aficionado al comentario de los hechos, a la polémica enérgica y a la discusión apasionada. Apartado por completo de toda labor



puramente literaria; sin tiempo, ni vagar, para el cultivo de la amena literatura, ¿cómo hacer un prólogo, en tales particularísimas condiciones?

Y sin embargo, no puedo evadirme. La gente nueva pone gran admiración en las níveas barbas presumiendo, quizás, que las blanqueó la luz artificial alumbrando sendas vigiliás, y no sabe que prosáicamente perdieron su primitivo color por el desgaste del tiempo, sin ser parte en ello el poco o mucho estudio, ni el menguado saber, aquistado con la experiencia. Negarse un viejo a prologar el libro de un joven, es adquirir patente de soberbia, y no me atrevo a pechar con este sambenito.

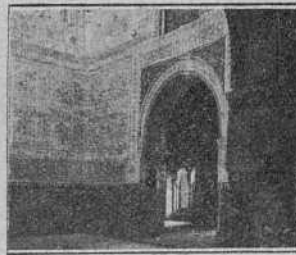
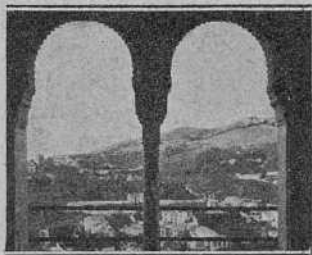
Bellver Cano que es hombre mozo, de gran aplicación y laboriosidad, no deja paz a la pluma y produce sin sosiego, lo mismo la información periodística llena de color y de vida, que el artículo doctrinal pensado y meditado. En este libro, con atisbos de pintor que sorprende el contorno, se adueña del color y se apodera del espíritu; traza entona-



dos bocetos, expresivas figuras y cuadros de género, — con pulso firme y seguro, — dando vida y realidad al conjunto de actos y de festejos que componen el *Corpus* granadino.

Bellver es joven, tiene talento, es trabajador y no carece de ilusiones. Su porvenir, con estas cualidades, se ofrece esplendoroso, por que las luces naturales, abriantadas por el esfuerzo, hánle de conducir al pináculo, con que todos soñamos, cuando abiertos los ojos a la vida, se nos ofrece la gloria por el camino del estudio y del saber. Leed su libro y me dareis la razón.

No seré yo, quien os hable de la procesión solemne y majestuosa; de las corridas de toros, con su prólogo bullicioso y jacarero, su fiesta netamente española, con el coso lleno de luz y de color, de arrestos y de gallardías, y su epílogo, en el brillante desfile de trenes cascabeleros; de las deslumbradoras veladas, donde los ojos de las bellas hacen titilar de envidia a bombillas y mecheros; de los conciertos clásicos,



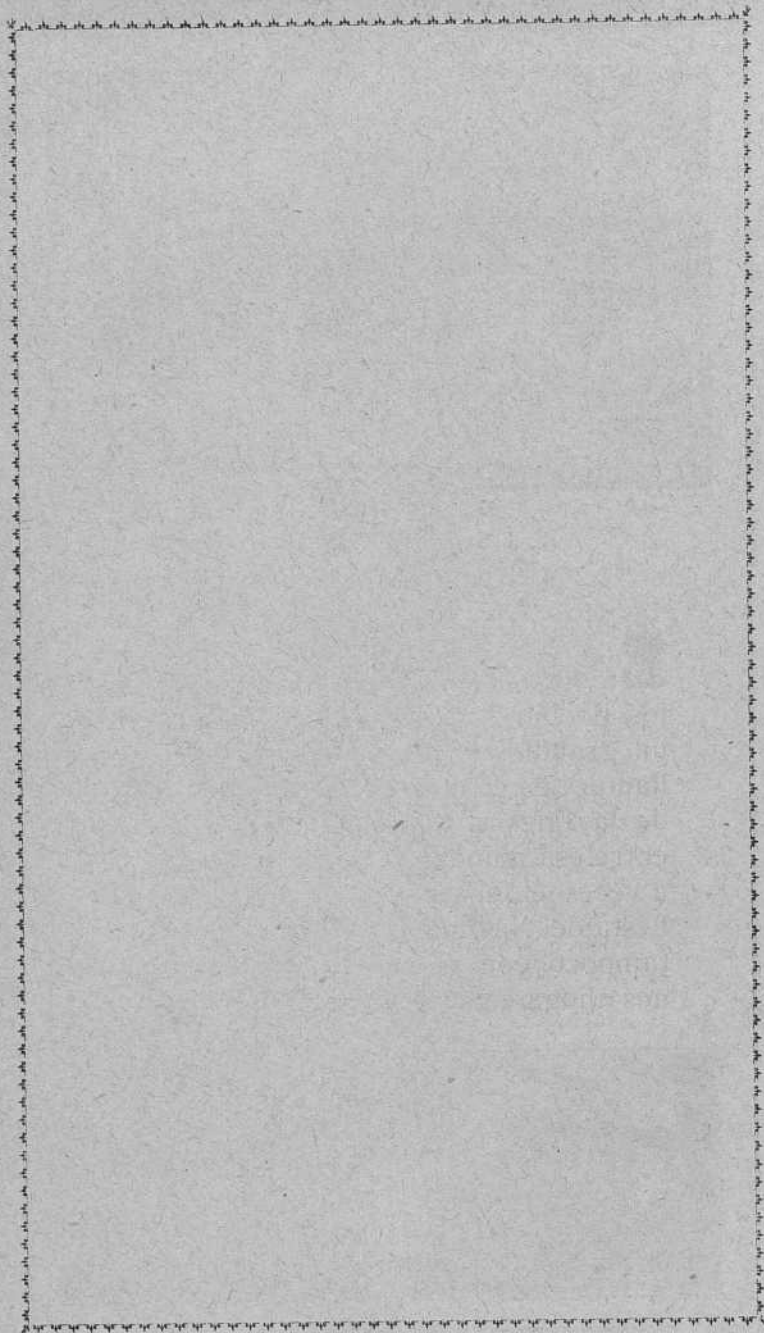
lentos de unción artística; de la feria real con sus chalaneos típicos; de las fiestas hípicas, cuyo escenario, únicamente, merece un viaje desde Ultramar; de exposiciones y certámenes; de monumentos y cuadros naturales... Todo esto lo hallareis fiel y prolijamente descrito en las páginas siguientes, pletóricas de observación, saturadas de color, vibrantes de inspiración, henchidas de sentimiento y olientes a juncia y a retama, que son perfumes serranos característicos del *Corpus* granadino.

Con EL CORPUS EN GRANADA, Bellver ha prestado un servicio al *folk-lore* granadino, que le habrán de agradecer sucesivas generaciones, después de producir el deleite en la actual que vive la vida, que en sus páginas, vigorosamente palpita.





CORPUS CHRISTI







## ∴ El jueves grande ∴

A mi abuelo D. JOSÉ F. BELLVER

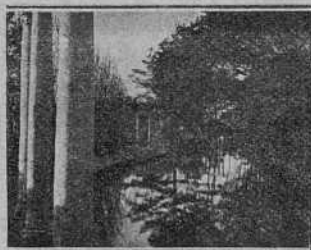
**E**L día del Corpus en cualquiera de los pueblos de la Católica España, es un grandioso día de excepcional brillantez; en él se rinde culto a una fiesta de la Iglesia, que no llega a nosotros entre esa mundanal algazara que borra a veces el fervor, como sucede con la fiesta del Nacimiento del Niño Jesús; ni tampoco con el sobrecogimiento que nos ahoga en su grandeza, como hacen



las solemnes ceremonias del Jueves y Viernes Santo. El día del Corpus llega con carácter peculiar de piadoso júbilo, que elevando nuestra alma en arrobamiento celestial, mezcla esa fiesta del espíritu con exclamaciones de la vida terrena, que brinda amores y proyecta luz y extiende flores...

Fiesta santa que coincide con la alegría de la tierra, que muestra los frutos y premia los afanes del trabajo, y día del Corpus, en que Dios se agita por el mundo en misterioso inmaterial, repitiendo "este es mi cuerpo", y su cuerpo en la tierra es color y es vida y más que todo alegría que inunda a los mortales, que se alhajan con una fe grandiosa en el *pan* que sana el alma, y nos hace olvidar tristezas y confortando nos induce al perdón de flaquezas miserables.

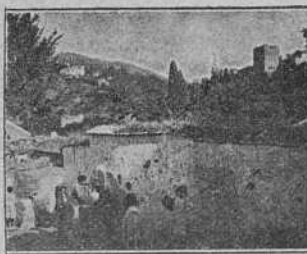
Y mucho más es el día del Corpus, cuando el espíritu lo siente y lo vive la materia; pero a pesar de ser tanto y



ser tan grande, en parte alguna como aquí en Granada, se muestra la pujanza de este inmenso día en que al saludo de nuestro Dios en su "este es mi cuerpo" responde nuestro *Hosanna* granadino, riente y plétora de castizo españolismo de íntima alegría que hace vibrar nuestro ser.

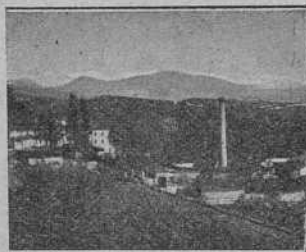
Son muchas las circunstancias que Granada reúne, para hacer superior tan grande jueves a cuanto imaginemos.

La época de la festividad, es la de más grata templanza en nuestro clima; suele el tiempo mostrarse francamente bonancible, y es de ver nuestro cielo cuando muestra con cristalina transparencia la infinita bóveda de su espléndido turquí. Refracta luz a Granada el blanquísimo cendal de la nieve de su Sierra, que con la luz parece que envía en ondas misteriosas el frescor de sus deshielos, al derrumbarse en acantilados que el mismo sol corta en planos verticales, allá en los tajos y barrancones.



Y si la inmensa superficie de la vega granadina, finge ensoñados brocateles con sus verdeantes paisajes y sus doradas extensiones, y la brillante tortuosa cinta del río Genil que ya abrazado al Darro se desliza patinador hasta perderse...; completar tan solo con los ramilletes que forman los cármenes con sus huertecillos y azoteas repletas de macizos de claveles y rosales, que salpican de color con sus flores que al par llenan de perfumes el aire que aspiramos; y si esta lujuria de luz, esencia y vida, la enardece el sentimiento de piedad que remonta ese día nuestro ser, comprende lector conmigo, por qué el jueves del Corpus, en este rinconcillo de la gitana Andalucía, es más grande, nos habla más a las potencias y sentidos que en otra cualquiera población, por muchas pompas que los hombres den al día del misterioso sacramento.

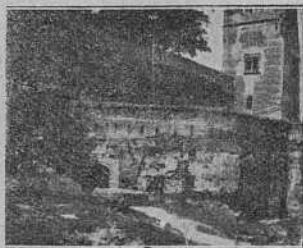
Siempre tuvo Granada estos encan-



tos, y desde tiempos seculares supieron apreciarlos los antiguos granadinos, tanto, que es opinión unánime que los Católicos Reyes, iniciaron la costumbre de celebrar durante unos días esa fiesta de la Iglesia, con varios festejos profanos en honor del Santísimo.

Háblase por muchos de una real cédula expedida por aquellos monarcas, instituyendo ésta ya tradicional costumbre; pero probado o nó, afirmado o discutido, es lo cierto, que desde la Reconquista, organizáronse por Fray Hernando de Talavera, la procesión y las fiestas, que parece ser adicionó el sabio prelado, para atraer a los moriscos y encariñarlos en las devociones de la nueva religión.

Desde entonces Granada las conserva; cada año les dió nuevo esplendor, y en los siglos XVIII y XIX, alcanzaron gran relieve las veladas estatuidas, en que nuestros abuelos se remozaban en misteriosos galanteos. Son, pues, ya



fiestas las que en Granada se celebran, de raigambres seculares, y en mezcla de fervor ascético y profano, han conseguido hacer de ellas algo cuya fama acrisoló nuestras bellezas, irradiando su espléndido fulgor no ya por toda España, sino por todo el mundo. Donde llegó el idioma castellano, llegó en estrofas de suprahumana cadencia, el nombre de la inmortal Granada; y donde sonó su nombre, vibra como un deseo el espectáculo de las fiestas de su Corpus.

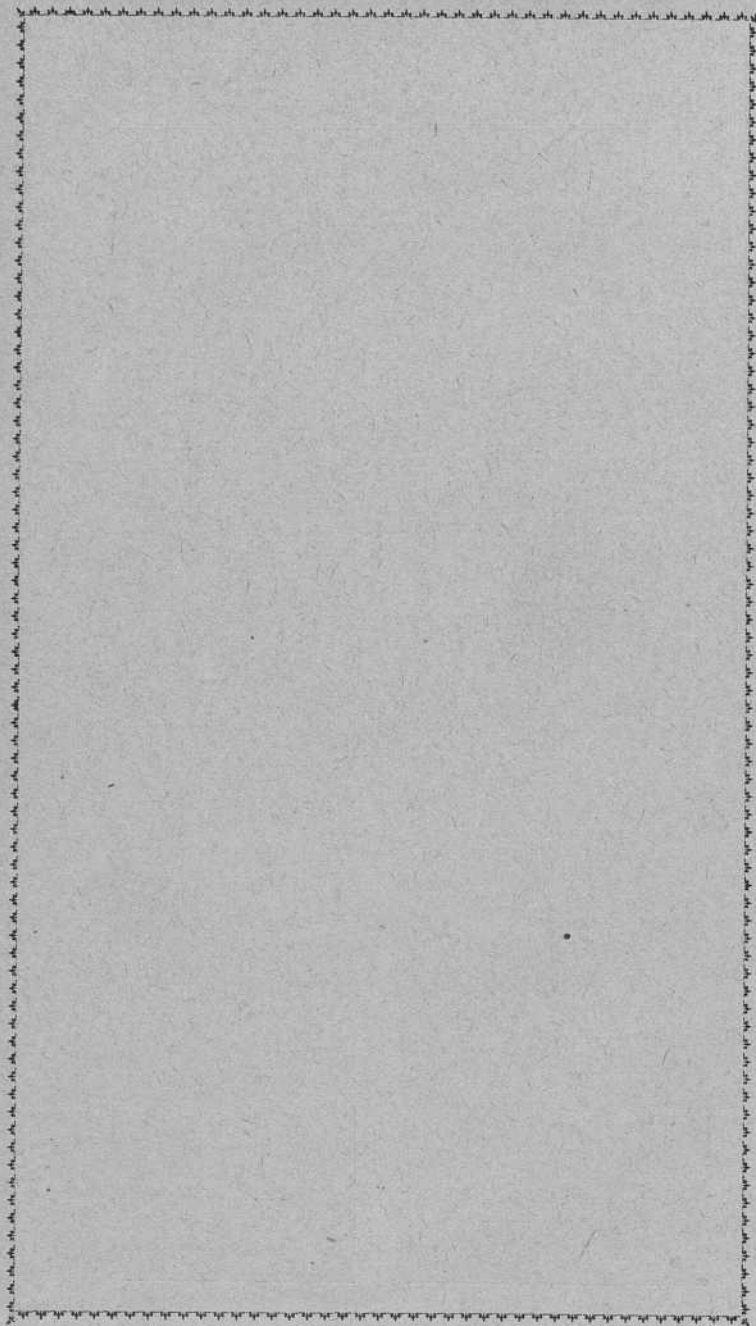
Ellas son resplandores de poesía; cantos del pueblo que musitan quedo las hadas granadinas que en el suelo supieron tejer sus varios monumentos, y en el cielo su azul y el aire sus aromas y en sus misteriosas calles dar vida y dar amor a las bellas granadinas que son moras y son santas y respiran bálsamos que también tejen las hadas. Y este ambiente se cierne sobre las fiestas y el cuadro de la naturaleza es vario en



cada nota y los números que son de típica fulgencia en nuestro Corpus, son dignos de la singularidad del jueves granadino.

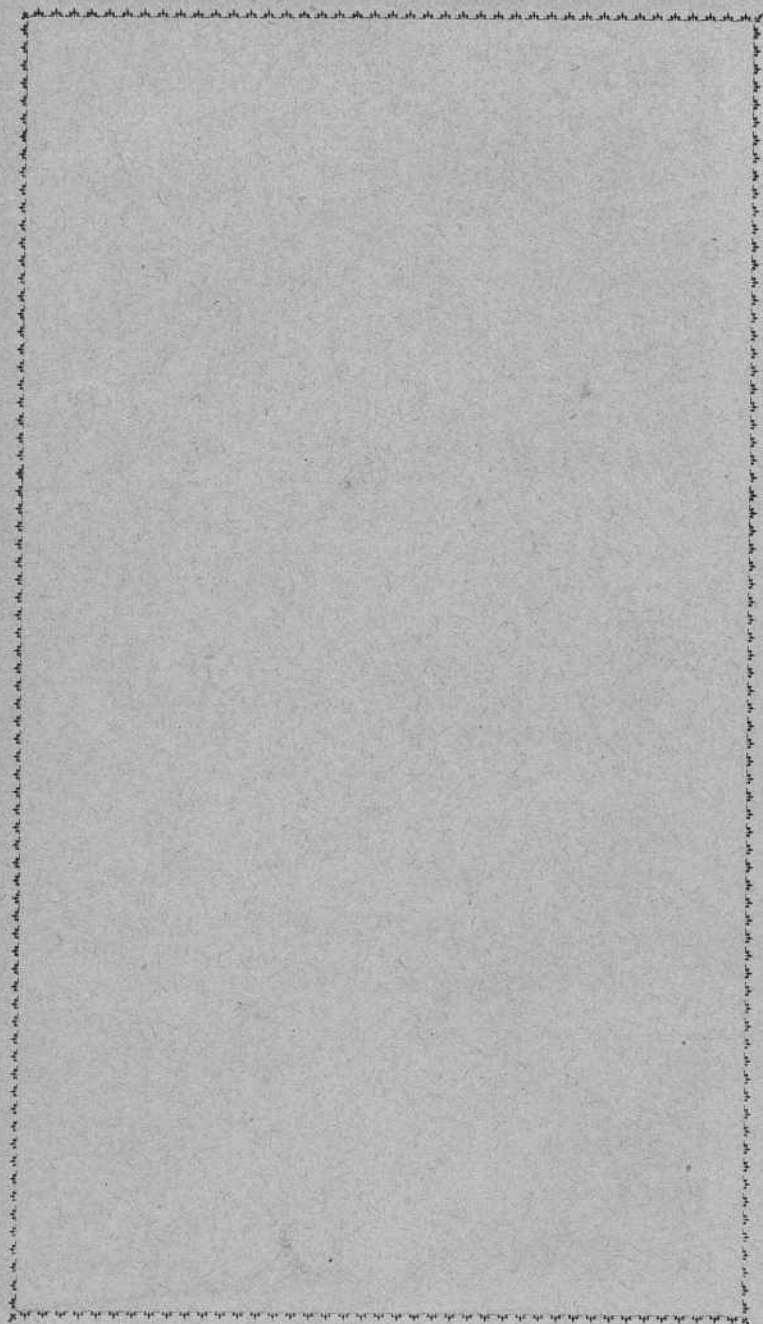
Santo Corpus; yo te siento y te acaricio con la santa reverencia que inspira lo sobrehumano: fiestas granadinas que allá conservo en mi mente; yo os evoco y os dibujo aunque con incolora perfección; os siento en mí y sé que aun sois más. Escribo vuestros nombres y con ellos ante mí se atropellan vuestros recuerdos; yo os admiro porque hechas en holocausto del Dios Uno Inmortal, en su poder de Soberano Omnipotente os bendice y os colma de bellezas.







HOC EST CORPUS MEUM





## ∴ La Procesión ∴

A D. MANUEL RODRÍGUEZ-ACOSTA

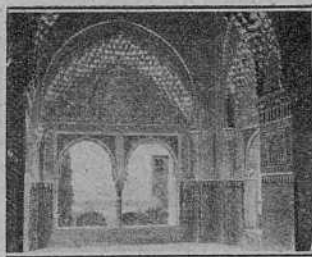
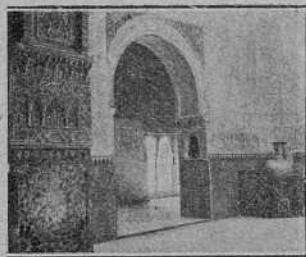
**C**UANDO la realidad puede comprobar nuestras afirmaciones, jamás prudentemente deben ser calificadas de hijas de nuestra pasión y nuestro cariño. Esto pasa con las que yo repetidamente he de sentar, refiriéndome a las excepcionales condiciones de Granada para los actos de cada fiesta del Corpus, y lo he de recalcar refiriéndome a nuestra procesión. Fiesta de riguroso precepto



en todas partes, en ninguna puede alcanzar el lucimiento que en esta capital. ¿Qué población como Granada refunde en su comitiva las procesiones del Santísimo de unas cuarenta parroquias, siendo más de veinticinco las de otros tantos pueblos de su vega?

Considerando esta fusión y que ella entraña la de los respectivos pueblos que en masa llegan a Granada trayendo con el vigoroso aliento de su ingénua vida lugareña, todo el turbión de su alegre juventud, formaremos idea de la superioridad que la solemne procesión ha de tener sobre todas las de España. Las hay tal vez de más grande esplendor; de más lujo y más riqueza; dudo que de fervor más intenso; pero afirmo rotundamente que ninguna de mayor animación y de más rico colorido que forma blasón de orgullo de nuestra oriental Granada.

Desde muy temprano; con las prime-



ras claridades del día, los caminos que dan entrada a la ciudad, brindan un animado cordón hecho de familias que acuden de los treinta o más pueblos comarcanos en un alegre viajar en cochecillos, en carros adecuadamente dispuestos con sillas y almohadas; otras parejas en mulos y caballos; mujeres haciendo serie sobre larga fila de pollinos que son guiados por los hijos, o hermanos, o padres o maridos de las que cabalgan; y esto en uno y otro camino que son ríos de vida que inundan la población; en ella se ven desembocar como émbolo inmenso, con la unánime dirección que los viandantes siguen, no desentonada ni por un solo peatón que de Granada sale para los pueblos.

Y estos huéspedes del día, todos tan peripuestos, con los múltiples colorines de sus vestimentas que matizan los contrastes de las flores con que adornan sus cabezas y sus pechos las mujeres visitantes; con esa alegría que manda



el *jueves grande* y acrecienta el buen humor que genera la realidad de la visita ansiada, llegan a Granada a accechar el conveniente sitio para el paso de la esperada procesión, repartiéndose por las calles que son venas con vida.

Las que forman el itinerario que aquella ha de recorrer, se encuentran en el misterio de una luz velada por el toldo, que debidamente fué prendido para encubrir a los fieles del sol que debe mandar sus rayos casi a plomo en las precisas horas de la solemnidad.

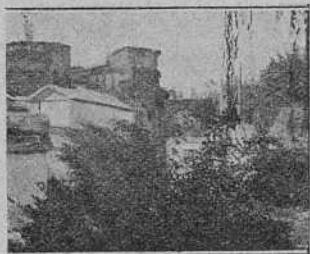
Los regimientos encuéntranse formados matizando el cuadro con los colorines y dorados de sus uniformes de gran gala y el brillo de sus lucientes armamentos; así aguardan el paso del Santísimo.

El suelo aparece tapizado de olorosa juncia y otras verdeantes hiervas—obligada ofrenda de los pueblos de la vega—que embalsaman el aire embriagando en devoción nuestros sentidos. Los bal-

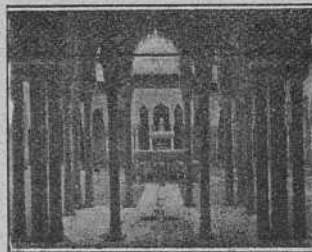


cones son casi no interrumpidas franjas que embleman los colores de nuestra bandera patria; tras aquélla como igualmente en el abigarrado cruzar por las aceras y por el corredor que enciela el toldo, salpiconazos de mantillas y sombreros, y abanicos que acarician y sombrillas que atornasolan, y claveles y rosas que se desgranán, y ojos que brillan en millares de caras de mujeres, que este día abandonaron las guardadoras celosías de sus mudos harenes de soñadoras vírgenes, a salir como flores que al mismo Dios, Granada ofrenda con su purísimo recato.

Y las campanas alborotan acentuándose el bronceo eco de las sonoras de nuestra Catedral que parecen retemblar la ciudad toda; y restallan trepidantes los cohetes que nimban humo que se eleva al cielo y comienza el lento paso de la histórica comitiva que abre marcha; comitiva que la forman clari-

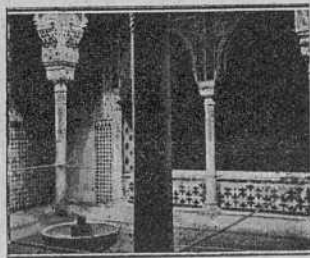
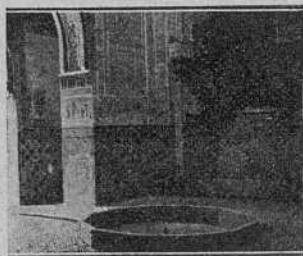


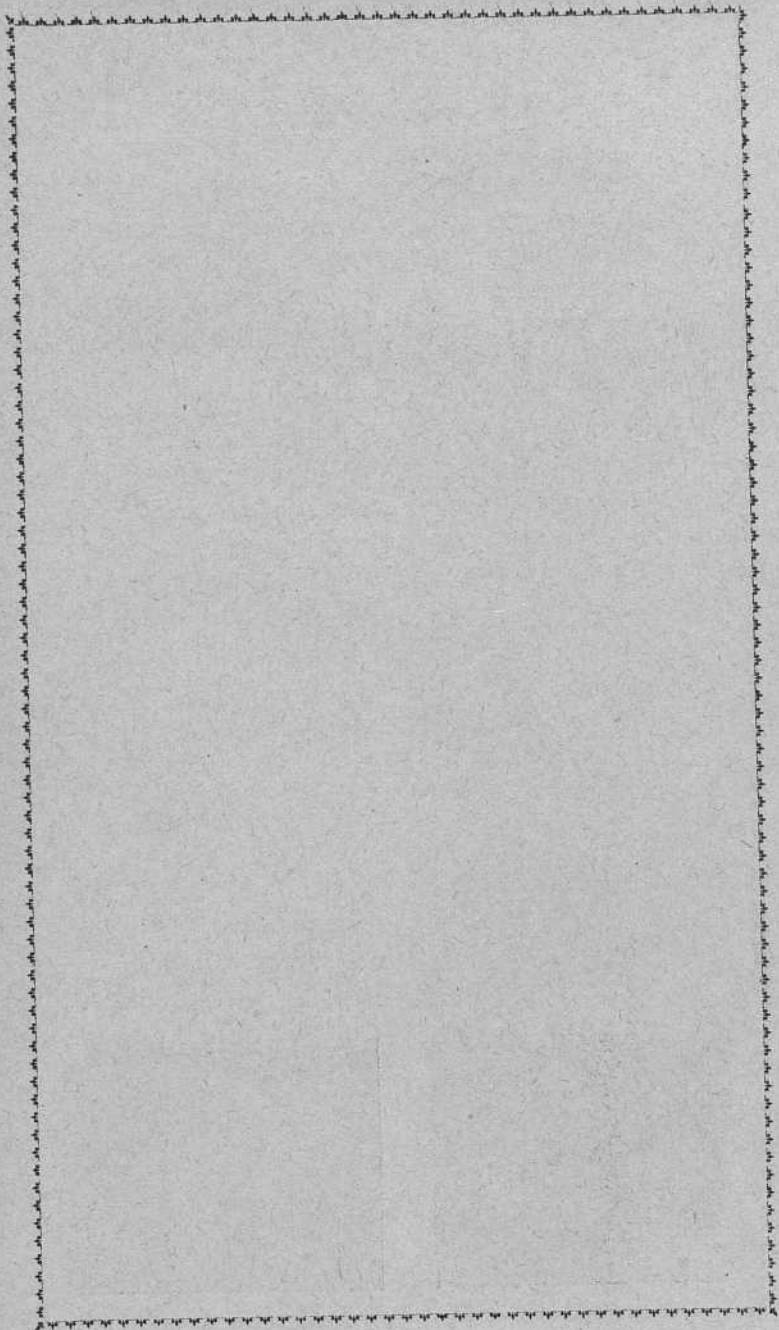
nes y timbaleros, y heraldos y pajes castellanos y palafraneros transplantados en este ambiente de tradición católica desde tiempos de los egregios monarcas de Aragón y de Castilla; y bullen y atolondran los enanos cabezudos que zumban a la gritona chiquillería que aturde y enloquece; y pasan los gigantes que anteceden a la original tarasca granadina, formada del dragón que escupe fuego, sobre el cual luce triunfal y coquetona el moderno recuerdo de la virgen Marta engalanada con el más lindo traje que modistas concibieron; y con el paso de fieles y más fieles, y bandas de música de algunos pueblos y de la ciudad, y pequeños angelitos que a Dios elevan su salve con atipladas vocecillas que conmueven por su inocente fervor, se inician las parroquias que cruzan en número interminable, matizando la solemne ceremonia de reverencia. Inexplicablemente se adueña un silencioso recogimiento de





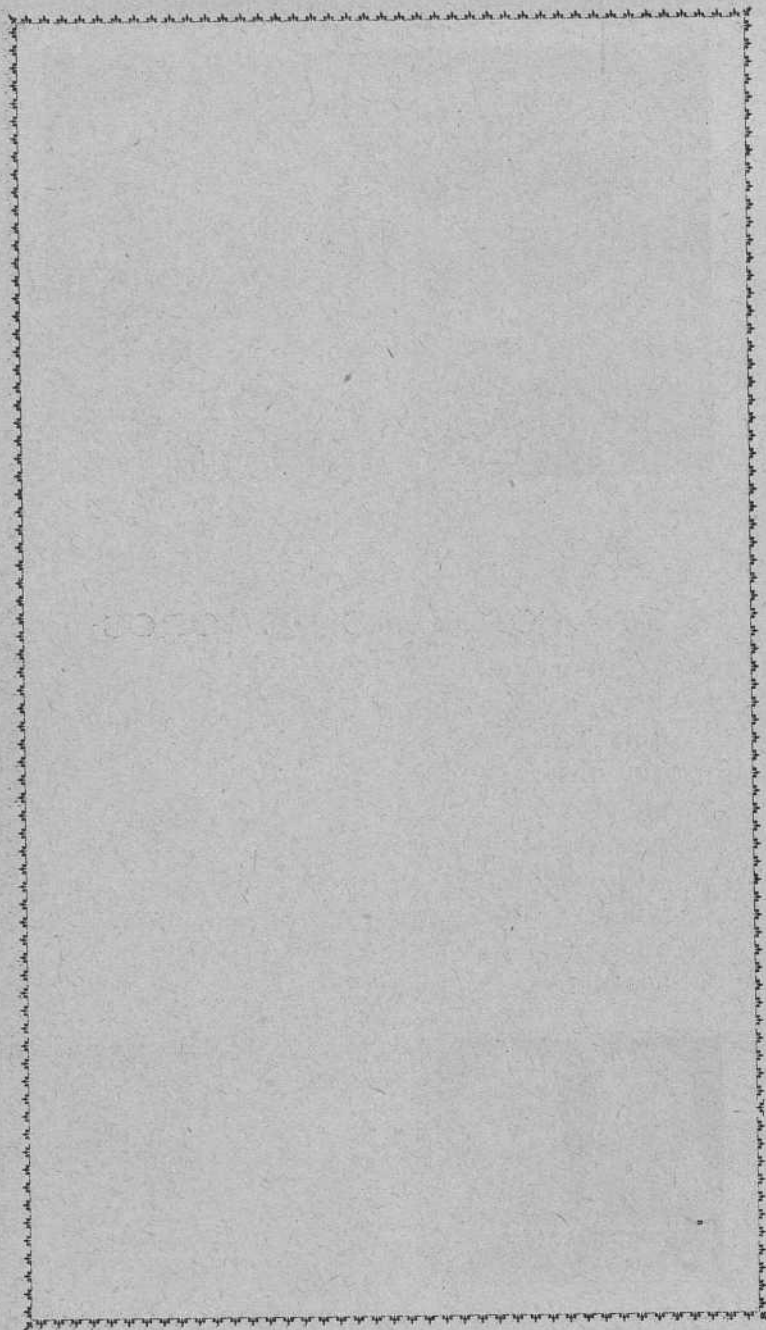
aquella apretada multitud, y pronto un tintineo que se grava en nuestra alma nos despierta a otro mundo en abstracción; y entre nubes de incienso que se enrollan y se esfuman, aparece ante los ojos que se humillan, el Santísimo Corpus que corona nuestra fe. Recogido en su trono de riqueza se destaca entre luces que rindió la devoción de un pueblo que se arrodilla reverente, percibiéndose tan solo el argentino retrainar de las menudas campanillitas del palio, mientras cruza el misterio inmaterial en la Hostia Santa, bajo lluvia de perfumados pétalos de flores, que desde los balcones en airosa ofrenda le cierran las mujeres de Granada.







LAS CORRIDAS DE TOROS



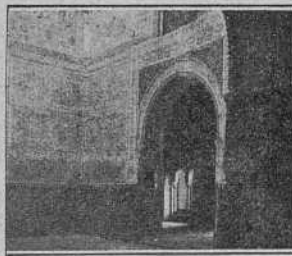
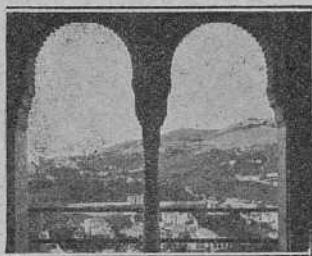


∴ ¡A la Plaza! ∴

A RICARDO TORRES (Bombita)

**S**ON pocos los sujetos que en nuestra España, encuéntranse propicios en cualquiera momento para ser parte en actos que surgen de improviso o en los cuales su intervención es demandada sin otro preparativo que la espontánea decisión.

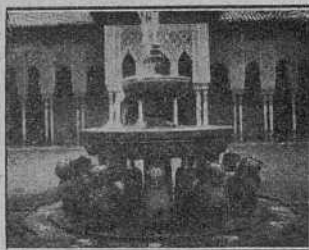
No suele ser ésta, cualidad de españoles; y dicho carácter conservamos aún para aquellas acciones con las cuales suele el individuo estar más fami-



liarizado; aún con las que más armonía guardan con nuestro particular carácter.

Resultamos, pues, el antagónico de las razas del Norte, frías, calculadoras, pero de individuos cuya apatía deja en libertad sus pasiones para adherirse a un movimiento, con idéntica conciencia a la que podrían tener para adherirse a otro diametralmente distinto. Esta ductilidad en su carácter les hace poco exaltados; se entregan a la idea tal vez con profunda convicción que pronto repentizan, pero esta no les imprime como siempre hace a nosotros, ese loco vasallaje, que exterioriza el entusiasmo.

En el español pues—y hablo naturalmente en términos generales—no suelen arraigar las convicciones que nos son fácilmente extirpables; pero en tanto duran, apodéranse de tal manera de nuestro pensar y nuestro sentir, que nos descubren fogosamente apasiona-



dos; en holocausto de esa decisión, perdemos nuestra personalidad, entregamos nuestra independencia subjetiva, y llegamos fácilmente hasta la exposición de nuestra vida.

Los momentos finales se obtienen en nosotros con facilidad suma; no así los primeros; aquéllos que nos han de sumar al movimiento, solo se consiguen con lenta sugestión.

Llega sí el arrebató momentáneo, cuando la personalidad es absorvida por el nuevo ser colectivo; cuando formamos muchedumbre en que fácilmente se adueña de los sujetos una impresión cualquiera; pero nuestro independiente concurso, el dominio sobre el individuo, no se consigue entre los españoles sino lentamente, con un previo periodo de preparación; "haciendo el ánimo", según frase extendida y que condensa esta apreciación mía.

Las dos individualidades que esboza



mi párrafo anterior, las presenta nuestro pueblo en una corrida de toros.

De circo afuera, el libre individualismo; el sujeto independiente, que ha de obrar en conciencia para asistir ó no, al espectáculo; puede alentarse en la vista de sus semejantes porque no a todos les mueve la afición a la taurina fiesta; el bullicio, la masa, le atrae; pero son precisamente manifestaciones de ese acto preparatorio que el español necesita.

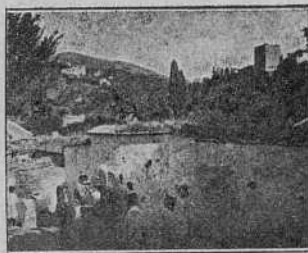
Yo creo—y puede ser que me equivoque—que si nuestro carácter no fuera así, la fiesta de los toros no existiría en nuestra España, pues la personal afición no bastaría a dar vida a la española fiesta; y recíprocamente, me atrevo a deducir que ésta no arraiga en los países extranjeros, porque en los caracteres de sus hombres no está el sentir de nuestra raza apasionable. Y con tal creencia además, me río yo de los dicterios de espectáculo brutal con que





pasadas las fronteras le bautizan, a él que siempre será una escaramuza comparado con los bárbaros trompazos y *ainda mais* de las razonables razas extranjeras.

Y siguiendo mi interrumpida consideración sobre la segunda individualidad, digo, que después, ya adentro de la plaza, cuando el dominio de una idea de ejecución que denuncia valentía, o descubre miedo para afrontar las posibles consecuencias de los hechos, que ya el protagonista debía presumir al vestir la chaquetilla de alamares, entonces el anillo de carne humana es emblema de la homogeneidad del nuevo individuo multianímico; y solo hay *una voz* que grita, y *unas manos* que aplauden; y *un solo* sentimiento, que a veces es suprahumano y otras salvaje y feroz, corre por los tendidos, que parecen adquirir la vida que faltaba a la sólida obra de mampostería.



Tal es el aspecto general del público, ante el espectáculo y al referirse a *los toros del Corpus*, precisa convenir en que como corrida alguna lleva en sí el ambiente de alegría que pregoné anteriormente, alienta a nuestras fiestas, y ha de actuar en lenta sugestión sobre el individuo; sugestión que contribuye a presentar la plaza con vida que falta en circos llenos y de más grande cabida: por esa realidad, nuestras corridas de toros superan a las de todas las otras poblaciones

Es particularísima esta preparación.

Los trenes repletaron nuestras calles de rumbosos botijistas que el buen humor indujo a abandonar por unos días sus tierras y sus casas; hay vida febril.

Regresan las comisiones oficiales que asistieron a la procesión del Santo Sacramento y desfilan los brillantes regimientos que himnaron al Santísimo a su



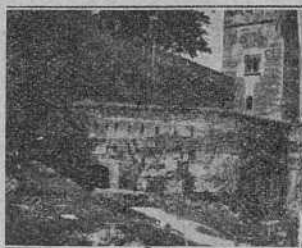
paso, y matizan de color con sus vistosos uniformes.

Vuelven las granadinas y las forasteras a su cada domicilio, llenando el aire de frescas carcajadas que inspírales el carnalesco remolino que parece encubrir tales exclamaciones de sus almas.

Media el día.

Siéntense aunque apenas perceptibles los momentos en que la mayoría de la ciudad llegó a sus casas, fondas o restoranes, a confortar el organismo con el almuerzo que suele tomarse al vuelo, pronto, pronto, para volver a la algarazara.

El ambiente que la mañana infiltró, no se extingue, embriaga aún los sentidos; solo se ha hablado desde entonces de la combinación de la corrida; y se discute al Gallo, y se confía en el Bomba, o se comenta una desgracia en el cartel que fué debidamente compensada en la sustitución con otro general



de la andante torería... Y gradualmente, creciendo siempre el bullicioso concurso, corre el tiempo hasta las dos, las tres.

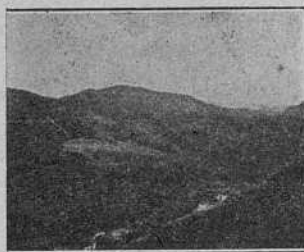
Como en Granada, las calles principales están irradiando al centro que es su Puerta Real, cuyo espacio es a duras penas distendido por el Campillo que tiene dos cafés, allí, desde los de Colón a la Alameda, es el ir y el venir, y el charlar animoso y altisonante; allí se escucha cien y mil veces la voz ¡café!, e igualmente las palmas que llaman a los agobiados camareros que sonríen la propina; y se oye el saltar de los tapones y se ven los pintorescos grupos que hacen los *concertistas* de gramófono en alguna explanadilla de la acera, y más allá el pianillo y agachados con su insistente ¡señorito!... cientos de betuneros; y destacando su laberíntico andar entre las mesas que están rebordeadas de individuos que esperan el momento de marchar hacia la plaza, se



ven a las floristas que atavian el mantoncillo granadino de garbosos flecos que se agitan al vaivén de los brazos al cruzar ante los ojos de los parroquianos los cacharros que rebosan las flores; y brindando, insistiendo y alentando con la sal de la florista, aquéllas son vendidas entre chicoleos de juventud y carcajadas que desgranan los labios de la vendedora, que son más rojos que el fuego de sus claveles.

Corona aquellos momentos que pronto cambian en lenta y gradual salida hacia los toros, el pregón inductor de la reventa que brinda "sol y sombra"; y el continuo serpenteo de los coches de alquiler que a la voz de "uno falta que me voy", incitan a colmar el cochecillo en humana pirámide, que guardando el equilibrio corre al fin por las calles que conducen a la plaza, formando en la larga fila que atolondra con sus gritos de ¡a los toros!

En los balcones del trayecto refulgen



los cetrinosos y brillantes ojos de tantísima mujer que manda lumbre en sus miradas y al correr del cochecillo pasan, pasan... en la carrera relativa que el simón consiente; y entretanto, allá lejanos se escuchan los acordes de la banda musical, que, arriba, en el montecillo que es jardín del Triunfo se deja ver cruzar entrándose en la plaza.

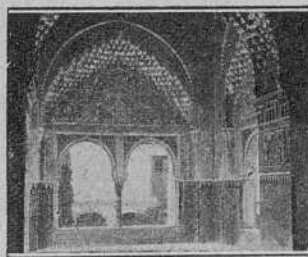
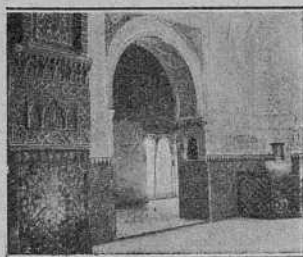
Los tendidos, los palcos y las gradas, encuéntranse en nuestras corridas totalmente ocupados. Los barandales que ornan filas de bellezas con mantillas, están colgados con mantones de Manila que blasonan sus bordados y sus flecos con estudiado descuido coquetón.

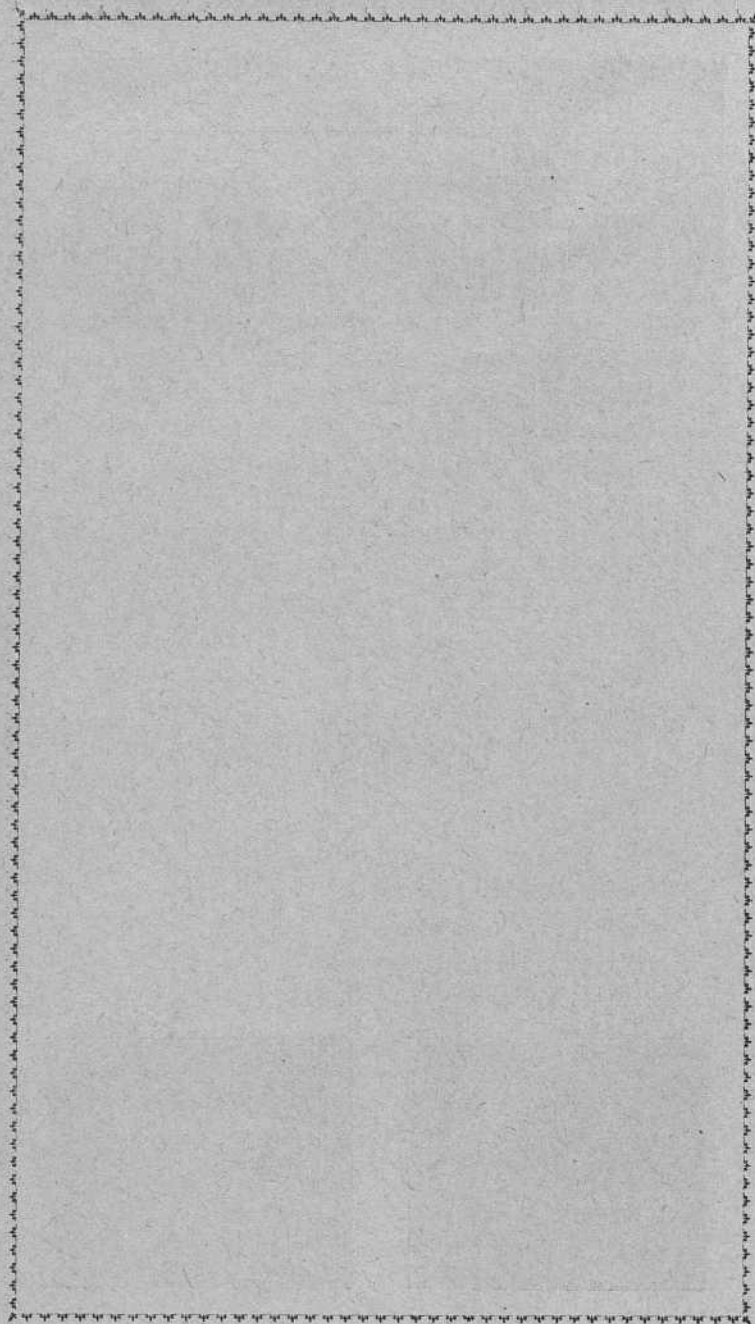
Se aguarda la hora del comienzo con el mismo imponente charlotear que impera en este día; y entre tanto, corre la manzanilla en lucientes cristales que inundan las botellas que parecen prolongar su cuello en ansias de verter.

La música enardece con sus aires na-

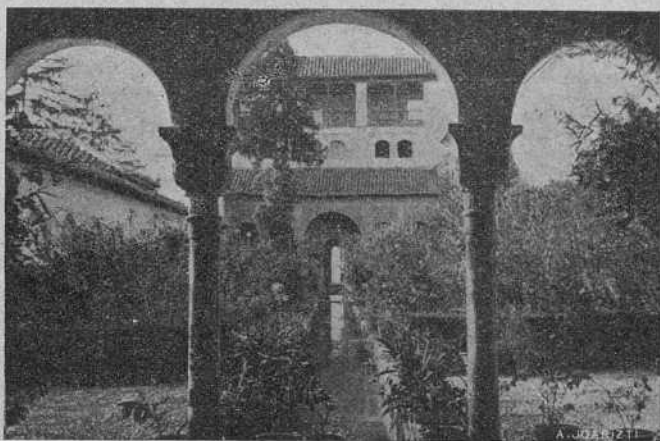


cionales; un momento se percibe la ola de un sórdido murmullo, y al escuchar la estridencia agudísima del clarín cuyo son hiende los aires, vese el ruedo inundado de caireles de oro y plata que centellean ritmando el paso doble, mientras se baten palmas que agradecen llenos de gentileza los toreros espadas que descubiertos agitan su montera con la mano que deja libre al ceñirse el flamenco capotillo de seda y brocateles, de lentejuelas y dorados.









## ∴ El desfile ∴

A D. Luís Seco de Lucena

**E**L medio ambiente, la alegría que desde la mañana ha corrido infiltrada en nuestro ser, nos predispuso a asistir a la corrida, consiguiendo finalmente que el espíritu sea el que anime al espectáculo y no como sucede en casi todas las demás poblaciones que son los toros los que alegran al espíritu: lógica consecuencia de la preparación gradual y permanente que tienen las co-



rridas de Granada en estos días de sus fiestas.

A los más silenciosos rincones de las casas llegó la persistente vibración de las campanas, que en la mañana anunciaron la procesión, gritando en su broncíneo idioma su locura; de allí arrancado en sobresalto el más recogido espíritu, se unió a la procesión, que fué soplo divino, de gozo, que vivificó a los más rehacios; ambiente que enloquece, cuya íntima algazara que al fin triunfó en nosotros jubilosa, nos arrastró a los toros, que al así congregarnos, ganó casi el total bullir que es nota pintoresca y exclusiva de la española fiesta.

Sol, vino, mujeres y emociones, es el patrimonio de todas las corridas.

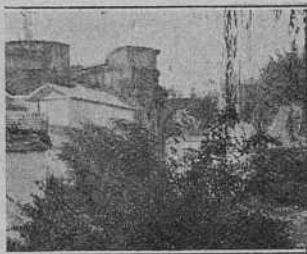
Matíz de embriagadora locura colectiva, soplo de vida que olvidó sus pesares en el pueblo entero, es exclusivo complemento de nuestras corridas del Corpus.



Son buenos carteles; esperanzas de un osado e ingenioso toreo que hace olvidar las crueldades de la fiesta; seguridad relativa en el triunfo de los hábiles toreros sobre el impetuoso acometer de los bravos animales, que prometen lucha fiera en el renombre de los hierros que blasonan en su piel llenos de orgullo.

La corrida se celebra; y por distinto que al fin pueda ser el resultado, en el penúltimo toro iníciase el desfile que es el conjunto de belleza y alegría más completo que ciudad alguna puede brindar.

Conocidísima es la antigua exclamación que en todas partes a la salida de la plaza, generalmente brota espontánea de los labios de los espectadores que a aquélla fueron entre el jubiloso gritar de "¡a los toros!"; en amargo contraste que descubre una profunda ironía de la ilusión que se extingue, es



el grito de salida que heredamos traducido en un "¡de los toros!" doloroso y hasta de arrepentimiento.

Pero en nuestras corridas, y apelo como en todo, al testimonio de los que han vivido los momentos que yo narro, nuestras corridas dije, son el reverso y hacen la excepción que halaga nuestra justa vanidad.

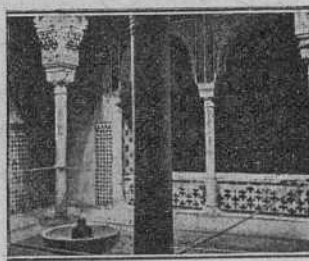
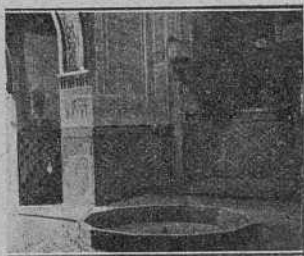
Desde el instante mismo en que cruzando las galerías de la plaza extendemos la vista por el gran parque del Triunfo, parece que con el cambio de visión elévase en nosotros una nueva oleada de vigor que es placer y es aliento y es emoción ante otro cuadro nuevo inesperado. Feliz característica de nuestras fiestas, donde la hermosura de la tierra refina tanto el marco que en cada número la naturaleza ofrece, que en progresión consigue exaltar, y no dejan decaer el espíritu que siempre encuentra novedades.



Salimos de la plaza; el gran parque de pintorescos jardincillos encuéntrase inundado en sus aceras y calles, por pueblo que acude a presenciar la salida de los toros; pueblo bajo que aguarda en pie; las caras de sus mujeres exhalan el ambiente de hermosura y vida que enloquece.

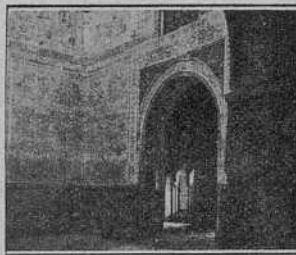
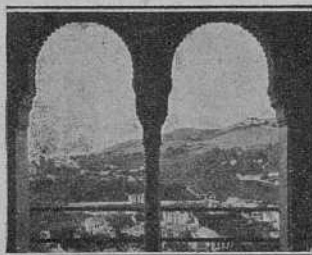
Se oye el tintineo de los tranvías que repletos se arrastran patinando en series; los autos con sus bocinas y el retumbar de los motores que inician la marcha, atruenan el espacio; piafan los caballos que gallardamente entroncados aguardan el fustazo de salida, temblando de impaciencia.

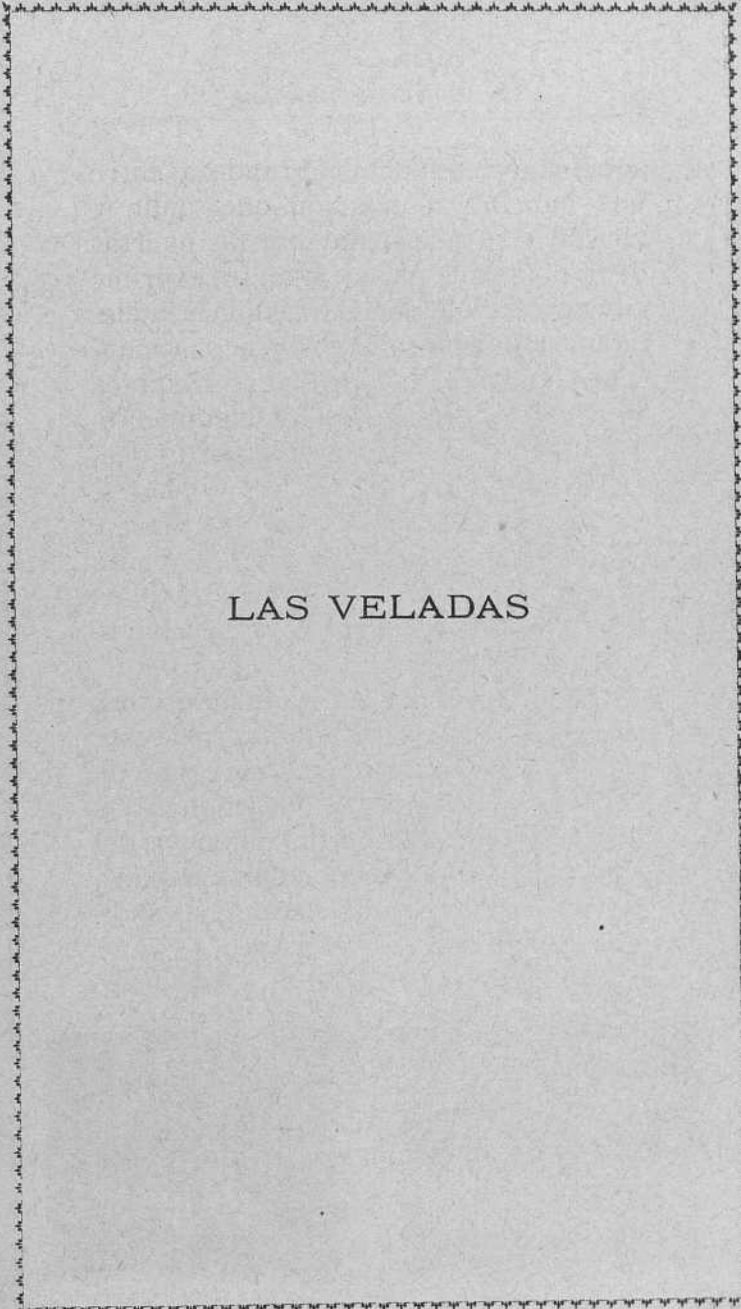
Es un loco cabrioleo el que forman los zig-zag de los coches que buscan a sus dueños allá abajo en la explanada. Hay lujo; verdadero alarde de fastuosa ostentación en los trenes enjaezados. ¡Qué moñas!; ¡qué trenzados de seda que parecen despertar la vanidad de los soberbios potros jerezanos. ¡Y todos



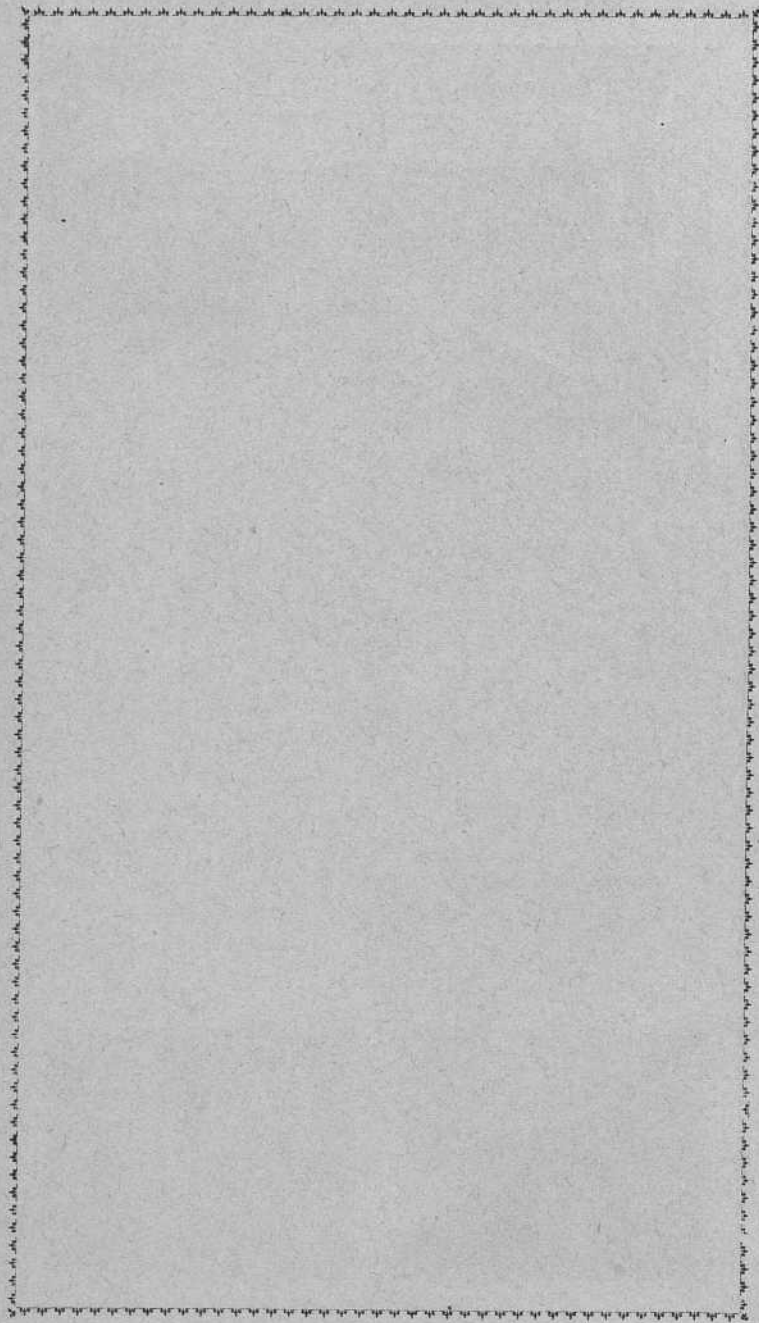
aquél maremágnum de grandeza entre una humana inundación que bulle y charla, y se acrecienta por las puertas de la plaza que parece que se exprime en contracción para dar salida a aquella masa de mantillas y abanicos y mantones, entre el concurso de recortados sombreros de flamenco; y lentamente, con inconsciente orden, iníciase el desfile, superior al de todas las ciudades, por el rumbo de sus coches, la majeza de los miles de mujeres goyescamente ataviadas, y sobre todo por las calles que recorren hasta disolverse con la tarde en el Paseo.

Es de admirar la interminable cinta de blondas y colores que forma este desfile, que va sembrando las calles de alegría, alegría que se extiende a las bellezas que ocupando los balcones del trayecto, pregonan el infinito número de hermosas de esta tierra de las inolvidables sultanas berberiscas.

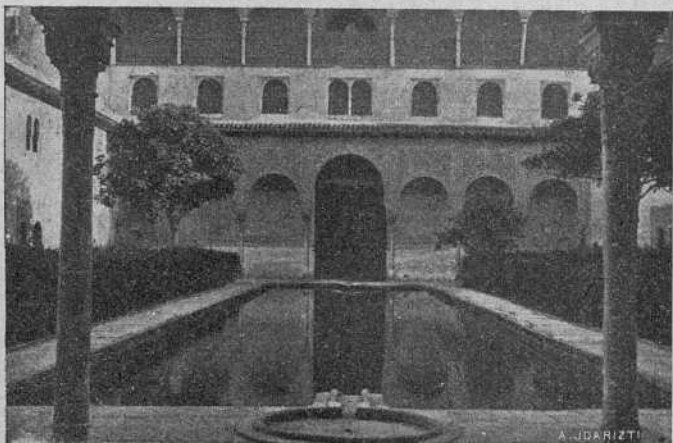




LAS VELADAS





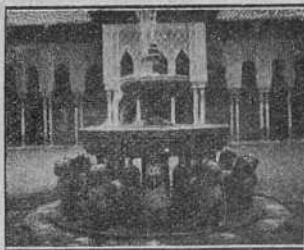


## ∴ Bibarrambila ∴

A D. Francisco de P. Valladar

**L**A secular plaza de Bibarrambila es un extenso rectángulo circundado por una amplia calle que forma su arbolado, siguiendo idéntica línea rectangular, paralela a los edificios, que de simétrica arquitectura, dan aspecto sobrio y severo a la soberbia plaza.

En la noche de la víspera del Corpus, y fieles los organizadores de las fiestas granadinas, a una de muy antiguo ve-



nerada costumbre, celébrase en este sitio la primera de las iluminaciones, anunciada por los carteles con el epígrafe de "tradicional velada en Bibrambla".

La urdió la tradición; la dá vida el recuerdo, y, sin embargo, es de ordinario la más desanimada de las veladas granadinas.

Conserva una factura peculiar, haciéndose su alumbrado con farolillos venecianos; prenden los bombos en artísticas guirnaldas que siluetan perfiles de arquitecturas japonesas y forman espléndida techumbre entrevelada, que inunda la planicie ocupada por las sillas que se ofrecen al descanso de los que asisten a la histórica verbena.

Tuvo ésta en tiempos pasados, una nota de original gracejo, que ponía de relieve nuestro carácter andaluz: *las carocas*.

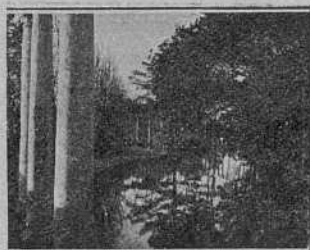
Eran lienzos de intencionado dibujo caricaturista que en número de 25 re-



flejaban otros tantos asuntos que excitaban el regocijo de cuantos acudían a aquella exposición. A cada dibujo correspondía una quintilla más o menos ingeniosa, que servía de acicate a la irónica mordacidad que los cuadros despertaban.

Ridiculizábanse escenas que el pueblo conocía, y se solazaba nuestro epigramático sentir siempre propicio a disfrutar con el ridículo, de aquellos que por cualquiera circunstancia arrancaron burlescos gestos de alegría de la humana maldad.

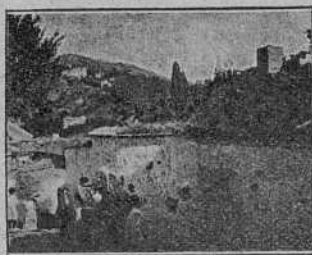
Mas fueron suprimidas; ya solo queda en esta noche al estallar el *trueno gordo* del castillo que se quema en el cercano embovedado, asistir a contemplar la animada concurrencia que inicia su bullir bajo el entoldado de los farolillos. Del centro de la plaza surgen los acordes de la música que alegra aquellas horas en que al pie de las acacias que dan su embriagador perfume, se



sueñan las quimeras que consiente el descanso terrenal.

Pronto decae el impulso de la fiesta; el mismo relampaguear de las luces que se insinuan agonizantes, induce al desfile de los concurrentes que reservan su vigor para días sucesivos.

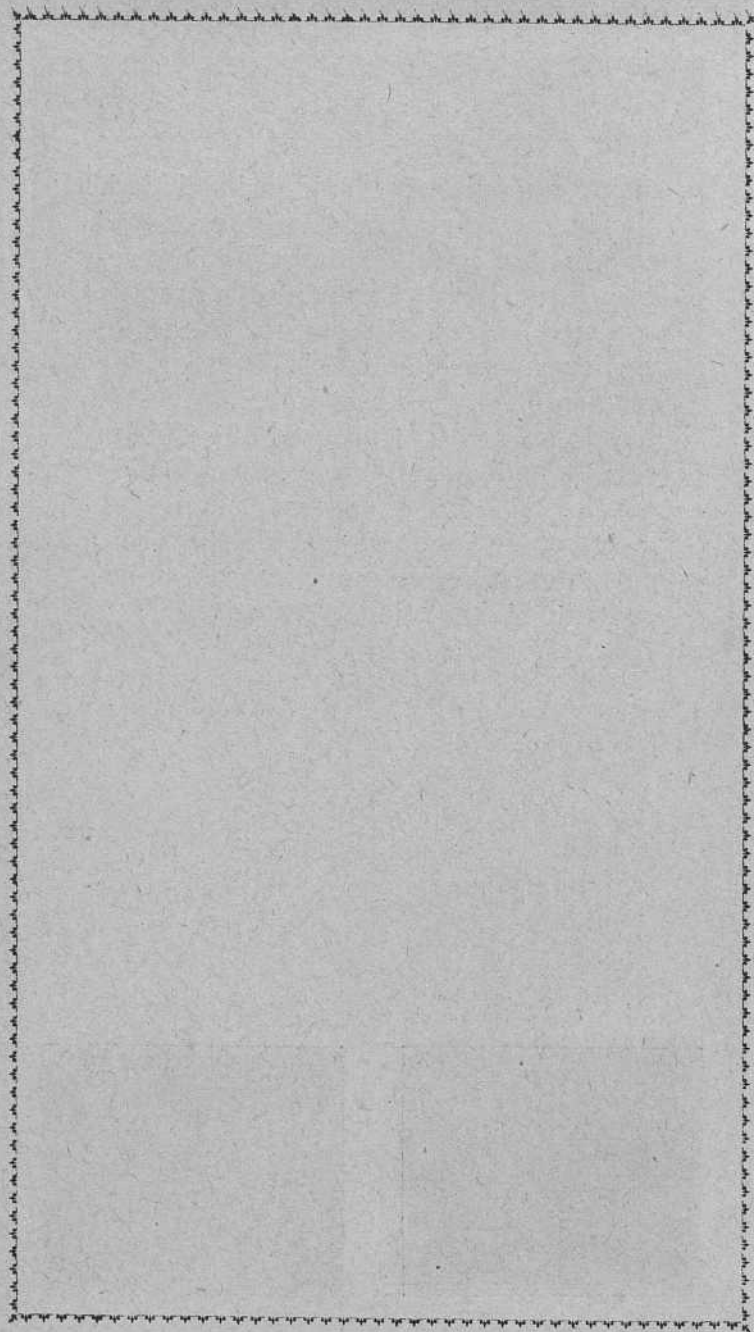
La diana militar despertó muy de mañana a la ciudad y el cuerpo pide descanso; falta la invasión de forasteros; y el lujo en los tocados reservóse para el día siguiente, Corpus. Y así se esfuma esta velada, a la que antaño nuestros padres aportaban todo el rumbo de sus luces que recordamos arcaicas. Perdióse hasta el buen hábito de elevar en el centro de la plaza un altar dedicado al Santísimo, en el cual se exhibían como recuerdo oportuno dos retratos de los Católicos Reyes vencedores en Granada e instauradores de estas fiestas. La verbena ya pasó: Es tan solo una pequeña ofrenda a la tra-

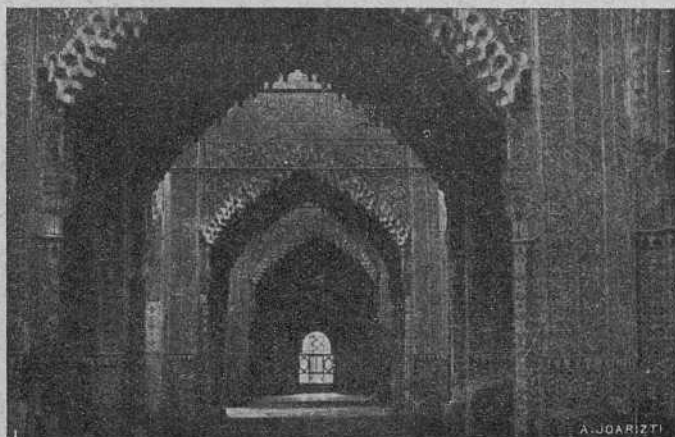


dición que vive eternal en la ciudad. Yo rindo este recuerdo que llevo aquí en mi alma a la velada granadina, recuerdo paralelo a románticos amores que me hicieron feliz en una noche de verbena paseando en la rectangular arcaica plaza de Bibarrambla.

Solo evoco a la tradición que alienta en esta noche, y amante suyo, le pido por los abuelos granadinos, llame en las casas de sus hijos que ahora viven, para que resuciten y den honra a la secular histórica velada.







## ∴ Junto al Genil ∴

A D. Manuel López de la Cámara

**A**RRANCANDO de la extensa superficie que forma el embovedado sobre el Darro, paralelo al curso de este río, aunque separado de su cauce por una gallarda fila de majestuosos edificios, se extiende el coquetón paseo de la Carrera; modernizada calle en la cual el arbolado que la exorna, entrecruza sus frondas formando una techumbre de hojarasca, que prolonga inmensamente



la de antaño reputada y ya dicha Carrera del Genil.

En su extremo final se asienta el monumento ofrendado por Granada en recuerdo de su Reina Católica, la cual, en grandeza que la hizo universalmente bendita, escuchó los proyectos aventureros del inmortal genovés; y desde aquel grupo de genio y de realeza que animó en soplo de vida los cinceles de Benlliure, parte el paseo del Salón que al final une con el llamado paseo de la Bomba.

Esta fila de paseos que suman además el lindo parque del Genil, que a la derecha del Salón y de la Bomba queda, es el lugar, en que durante los festejos, se celebran las veladas que se llaman del Genil.

La feliz disposición de la Carrera que da la sensación de vital arteria que arranca del centro capital de la ciudad, corazón en estos días de júbilo, es causa





fundadísima de que la verbena atraiga con irresistible poderío. Crúzase al centro de Granada; y resistir a la atracción de esta luz mágica, sería el triunfo de la humana indiferencia que tiende a ser abatida en nuestras fiestas.

Subyuga la impresión de la Carrera.

Dá acceso a la bóveda que es misterioso corredor ígneo de un cielo que pudiera ser cantado por el Dante, un pórtico que finge líneas árabes, siluando con caracteres cúficos, versículos musulimes que pregonan la grandeza de los genios del Islam. Es un arco en un muro hecho todo de hiladas de luz sutil; de luz su enrevesada encajería, de luz están formados sus pilares, de luz son sus almenas.

Resulta ofrenda de los cristianos granadinos a otros antepasados hijos de Granada, de tiempos de Boabdil, cuyo espíritu se siente animar esta velada. A ellos concédesele en los accesorios



que decoran los motivos de luz, aquel emblema que Granada ha sabido conservar de las flechas cruzadas formando la arabesca estrella de cinco puntas, que fué símbolo en las mezquitas mahometanas, en los harenes de cautivas y en los palacios de sultanes.

El paseo de la Carrera encuéntrase materialmente entoldado por una cubierta de luz multicolor; tan cercanos háyanse los arcos y florones que fingen arabescos caprichosos.

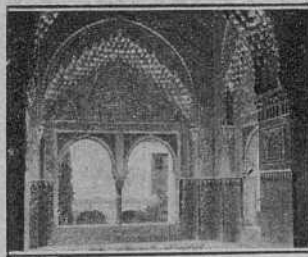
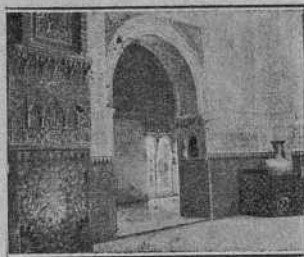
Aquel ambiente polícromo, absolutamente incopiable, fascina y enloquece; en su contemplación cruzamos bajo el mismo en el que miles de personas se extasían; y lentamente, materialmente conducidos por aquella avalancha de figuras fantasmagóricas que desdibuja y baña en oro la luz de aquel paseo, marchamos hasta salir al ensanche del contiguo del Salón.

Es imposible reprimir la exclamación hacia aquel prodigio de nuestras lumi-



narias en artístico alarde de la moderna electrotenia. Arcos triunfales, penachos que se desgranán, inmensos guirnaltones y como lluvia de libelulas que se desparraman por los frescos jardines del Genil. Luces que atornasolan con sus varios cambiantes y fuentes que escarchan soñadas irisaciones; y bajo aquella inmensa refulgencia de miles de colores en millares de tonos combinados, la ciudad que acude a disfrutar de ese prodigio excepcional muy nuestro, casi exclusivo de nuestra Granada, la diosa de la luz, que consigue en este número de modernísima velada, lograr la fama que es imposible imite tan siquiera cualquiera otra población del mundo.

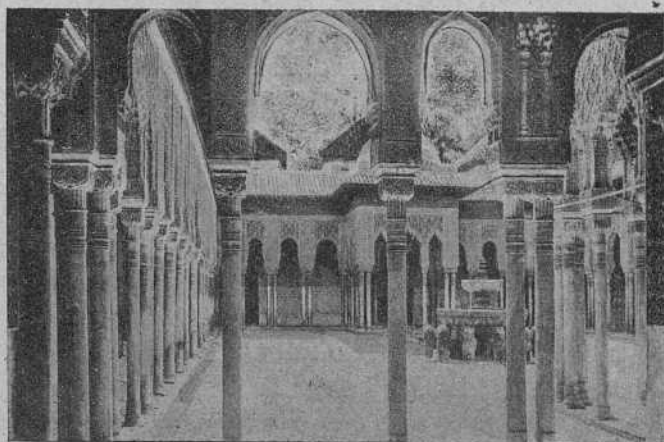
Tiene el Paseo de la Bomba a su final, un puentecillo, que hay que cruzar si se desea conocer la Avenida de Cervantes; linda vía que remata al campo de la vega granadina.



Desde aquel puente y alejados un momento del bullicio que atolondra en los paseos iluminados, hay que extender la vista hacia los mismos; contéplanse sus arcos y guirnaldas refundidas en un todo compacto que es hoguera, subiéndolo al cielo el resplandor; aquella impresión inenarrable sostiene unos segundos el álito de nuestro ser; emociona su grandeza, es imponente; y no sé qué inexplicable sensación levanta en nuestro pecho, que atrae y nos deja atónitos, mientras allí, en aquel silencio, llegan en oleadas las notas de la música que se ejecuta en el Paseo.

Quien no vió las iluminaciones de Granada no se ha forjado el cielo con la luz de sus divinos resplandores, con la armonía de sus angélicos cantares que provocan la impresión de estas arcángelicas mujeres que aturden y emborriachan, enloquecen y fascinan.





## ∴ En la Alhambra ∴

A D. Antonio López Muñoz

**M**UCHAS veces escribiendo estas líneas, que apenas llegan a traducir algo de lo que son las fiestas de Granada, debí anotar lo que es Granada misma en los sitios en que las fiestas se celebran; pero en mi deseo de no entrar en jurisdicción ajena a mi propósito inicial, hube de conformarme con aquellas breves impresiones que pensé más precisas para que el lector pudiera re-



coger la sensación de cada uno de los momentos que reseño en mis apuntes. (1)

Hago aquí esta indicación que ya en algún pasaje intentó la pluma descubrir, porque para hacerse cargo de la infinita grandeza que tienen las iluminaciones de la Alhambra, precisa comprender lo que es el maravilloso monumento; que si en su parte arábica de superior riqueza artística no es lo en estas noches alumbrado, ella pone el espíritu de los ensueños orientales que en la Alhambra se forjan a la luz que se extiende por los bosques.

¡La Alhambra iluminada!: No es dentro del alcázar; no son los almenares;

(1) Quien desee conocer ampliamente la ciudad, debe consultar alguna de las muy notables obras *Guía Práctica y Artística de Granada*, por Luis Seco de Lucena, o *Guía de Granada*, por Francisco de P. Valladar; completando con el libro *Granada y sus costumbres*, por J. Surroca y Grau; todas de venta.

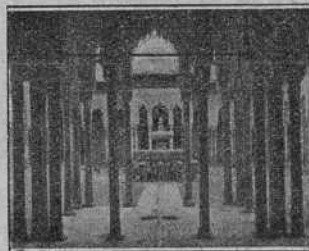


no son los ajimeces, ni la espumosa encajería que adornan las paredes de sus salas encantadas.

El Genio de la Alhambra que guarda aquel recinto con sus coortes de silfos ideales, no permite que el palacio de rubíes y conchas y brillantes y nácares y oros que cristalizaron por la fuerza de un arte prepotente, pudiera derrumbarse si fuera destrozado su silencio; aquello vive mudo. Solo gimen las fuentes un llanto de cristal que vibra en arpegios contra el mármol. A veces silva el aire que cruza danzas cabalísticas llevando mil perfumes que impregnan los calados de su pétreo encajería.

Allí despierta una luz cuando se cierran los portones y huye el hombre lanzado por el pavor de aquel misterio; luz que azulea por su albura; luz que no quema; luz del astro de la noche que irradia irisaciones sobre los arabescos y los mármoles.

¡Guardárase Granada de mancillar



aquel reposo! Suyo es de día; de noche es virgen recogida en el silencio de su claustro mahometano, que recuerda nuestros claustros mudos por el ascetismo.

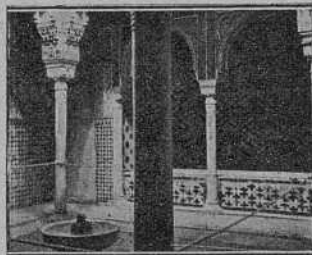
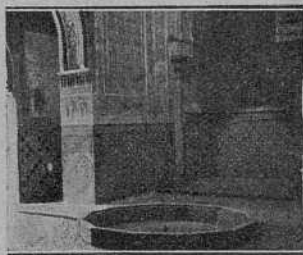
¡Descanse aquellas horas guardada por el genio secular que vive eternamente!

¡La Alhambra iluminada! El Genio se dilata y sale a sus jardines y cruza a sus paseos y arrulla entre los árboles un saludo al visitante que llega a la mansión de la gloria granadina.

Y en su arrullo parece que infunde un silencio que se guarda al mandar la humana fuerza de los labios a los ojos, que se extasían al dar vida al espíritu que sueña y enaltece y diviniza.

Admirando la Alhambra iluminada se siente a Dios en su grandeza ungiendo nuestro espíritu de amor.

¿Sabeis que los bosques de la Alhambra son selvas ideales, cuyos árboles

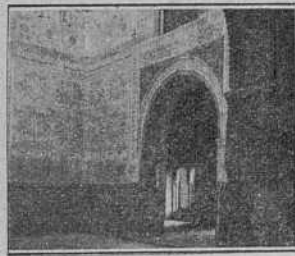
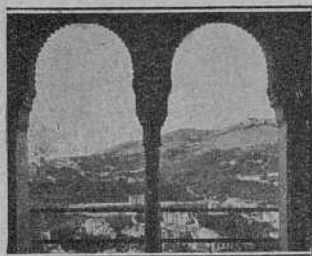




no se entrecruzan ni enmarañan los arbustos, ni amazacotan las plantas en tejido que se hace impugnable?

Los bosques de la Alhambra son briosos; de vegetación que impone por su fecundidad que centuplica; pero las plantas forman series en unos y otros lados de las calles que tejen los paseos; y en aquellas extensiones de arbolado que accidentan planos horizontales y declives de prodigiosa resistencia, y matorrales que se agolpan o se extienden, se dilata una alfombra de hiervas y de flores que son rosas y jacintos y violetas y multicoloros lirios sobre un fondo de humedad que le da vida y es sangre de aquella espléndida vegetación.

De tal suelo se yerguen con airosa valentía los millares de troncos que van rígidos, severos, hasta una altura en que aún no rinden su afán de remontarse al cielo; por ellos sube la hiedra que les clava sus tentáculos a cambio de



guarnecerlos con manto de eterno verdor; y allá arriba entre las frondas, buscando las axilas de las ramas forman ciudades cantoras con sus nidos, los pajarillos alhambrenos, entre los que siempre destaca por sus trinos el ruiseñor.

Pues si así son los bosques que se alumbran, y a ellos se extiende el espíritu del arábigo palacio, no puede imaginar la fantasía, ni la pluma puede trazar las palabras que evocan la sensación que el secular recinto nos produce.

Al pasar la puerta de las Granadas, que da acceso a los paseos, puerta monumental bordeada del fuego de la potente luz, muéstrase el alumbrado de los bosques con imponente majestad.

Hízose algunas veces al estilo como es iluminada la margen del Genil; con luz multicolor; grandioso, archidivino; parecía un puñado de piedras cristali-



nas que talladas en millares de facetas fueron lanzadas al cielo que las dió luz de mil soles.

Algo, inconcebible; árboles matizados de polícromas hojuelas; flores cuyos pétalos se entreabrían mostrando esfumaciones ideales; gigantesca una lámpara de mil tonos de luz se alzaba en una de las plazas en el bosque; las fuentes lanzaban el agua en tornasol, y nacarina saltaba en las cascadas, haciendo espumas que brillaban iris.

Hoy se ilumina en un solo tono blanco; blanco de luna que filtra luz en todas direcciones, imprimiendo su aquella sensación que da el astro al palacio. Luz incolora, severa, que infunde un claror que irradia hasta el espíritu haciéndonos soñar; soñar en las huries, soñar en los gnomos, y amalgamar la vida terrenal con la eterna que Alá cantó en versículos.

Y allí fantaseando, en la embriaguez de luz de aquel bosque misterioso, aper-



cibimos que algo grande, algo inmenso, embriaga nuestro ser y nos manda estar en éxtasis, callados.

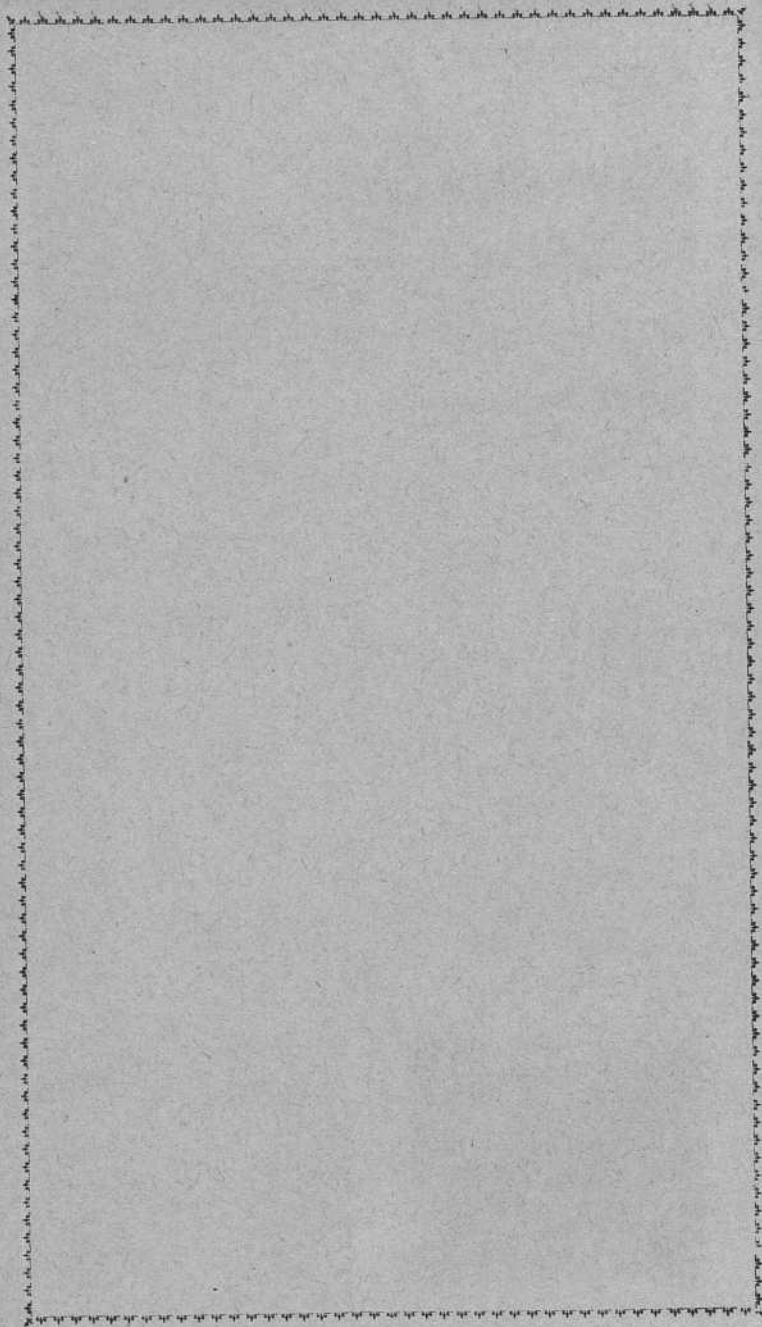
¡La Alhambra iluminada!

¡Quién no haya vivido unos segundos en sus bosques alumbrados, dejó en el mundo otra vida suprahumana que le había de hacer fantasear en concepciones gloriosas de bellezas celestiales!





FERIA REAL DE GANADOS





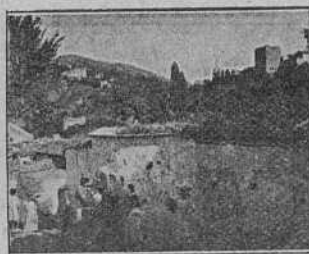
## ∴ Feria Real ∴

A D. Teodoro Sabrás y Causapé

**E**L alba envía sus brisas en las nacientes mañanas de feria y con las tibias claridades que anuncian el saludo del sol, iníciase el bullir de los madrugadores ganaderos.

Han llegado al ritmar de su carrera retrainando las esquilas y cencerros, las patrullas de ganado que mandan las regiones limítrofes.

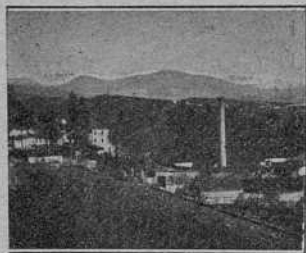
Airosos y trotadores los muleros de



finos entroncamientos; retozones y llenos de salvaje gentileza, los potros en yeguada que encubre su cerril estado; y los carneros y terneras y los cerdos y los toros, que luego se seccionan en la explanada de la Feria, apareciendo cual vivientes páginas de un catálogo que excita la codicia del labrador y el industrial y el burguesito y del desheredado, que admiran el cultivo de las razas que han de atender a las necesidades del hombre.

Instálase la feria de ganados en el paseo de San Sebastián; espaciosa avenida de tres calles emplazada junto al punto donde se refunden los dos ríos, el Dauro y el Genil, que ligados en su abrazo, marchan llenos de majestad a cruzar fecundadores las tierras de la vega granadina.

Bajo las frondas de los árboles que ya vivieron siglos, extiéndense los retablos del ganado en los dos laterales del paseo; quedando a uno de los lados es-

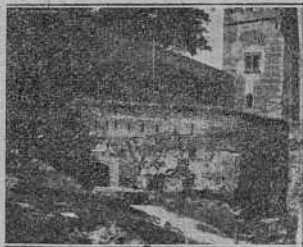




pacio para el paso de los coches, y reservándose el centro para los miles de personas que acuden a visitar la repetida feria.

Al remate del paseo e igualmente en la explanada que al comienzo de la feria queda, pintorescos barracones brindan sus mercancías, ofreciendo bajo los gallardetes y banderas y guirnaldas de follaje, el típico buñuelo granadino que conjunta el desayuno de los madrugadores y trasnochantes.

Y en aquel lugar, que nos evoca el histórico recuerdo de la entrega de las llaves de Granada, al caer rendido el poder sarraceno y confirmada en él la unidad histórica,—ceremonia que cuentan las leyendas y describen los cronicones, allí se celebró,—en tal lugar repito, se percibe el insistente peso de toda la grandeza de la Ciudad que emerge en el fondo elevándose hasta la inmanicllada joya de su Alhambra.



Las horas de la mañana son de un encanto sugestivo en aquella babel de la moderna sociedad.

Las barracas de lonas y percalinas empenachadas con banderolas y exornadas con arcos de follaje, muestran sus entrañas en las cuales aparecen alineadas e incitantes las mesillas que más tarde serán los *bancos de contratación*, y en aquellas horas se ocupan por un público heterogéneo, que en estos días olvidó las barreras del convencionalismo, conjuntando cuadros exclusivos de nuestra tierra andaluza.

Al lado de la gentil albaycinera, tocada de claveles y ceñida en el polícromo mantón de flecos, de Manila, destaca blasonando su belleza y distinción la más encopetada damita granadina que sonrío acariciadora ante aquel cuadro de intensa fraternidad.

Junto al chalán gitanazo y dejadote, que conoce de antemano los detalles y la historia de cuantos potros y muletos



sacaron los ganaderos al mercado, el atildado señorito que acudió a los barracones a respirar aquel ambiente de pasajera vida trashumante.

Guirnaldas; macetas que dan tonalidades de color; farolillos y cartelones que descubren la ignorancia o el ingenio de los *artistas* que redactaron cada tabla, y trepidantes las metálicas vibraciones de los pianillos de manubrio que acentúan desafinados unos, medianamente armónicos los menos, las polkas, o habaneras, o las jotas o alegres pasacalles que salen al *conjuro* de un rapaz organillero que da vueltas al manubrio mientras atisba el camarada el momento de arremeter a la parroquia que asiste al barracón, para alcanzar la espléndida propina como pago al concierto.

Horas más tarde, acentúase en el paseo la animación que presta la concurrencia.

Palpita el sello popular de esta fiesta de comercio que borra jerarquías. Una



banda de música, allá junto a la ermita, alienta con sus notas al charlar y al bullir. En el tropel que cruza radiante de alegría, palpita el corazón de nuestra peculiar tierra andaluza; porque andaluz es el cielo que la entolda, andaluz aquel sol, y Andalucía entera brota en los requiebros que llenos de gracejo salen de algunos labios, para estrellarse en las miradas de pasión inenarrable que se cruzan de los morunos ojos de las que asisten a la feria.

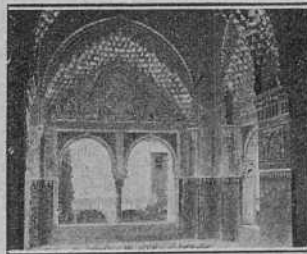
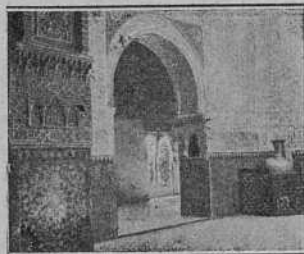
Mientras tanto conciértanse los cambios de ganado. Los corredores no dan paz a la lengua que aturde argumentando la indiscutible o evidente ventaja de cada operación.

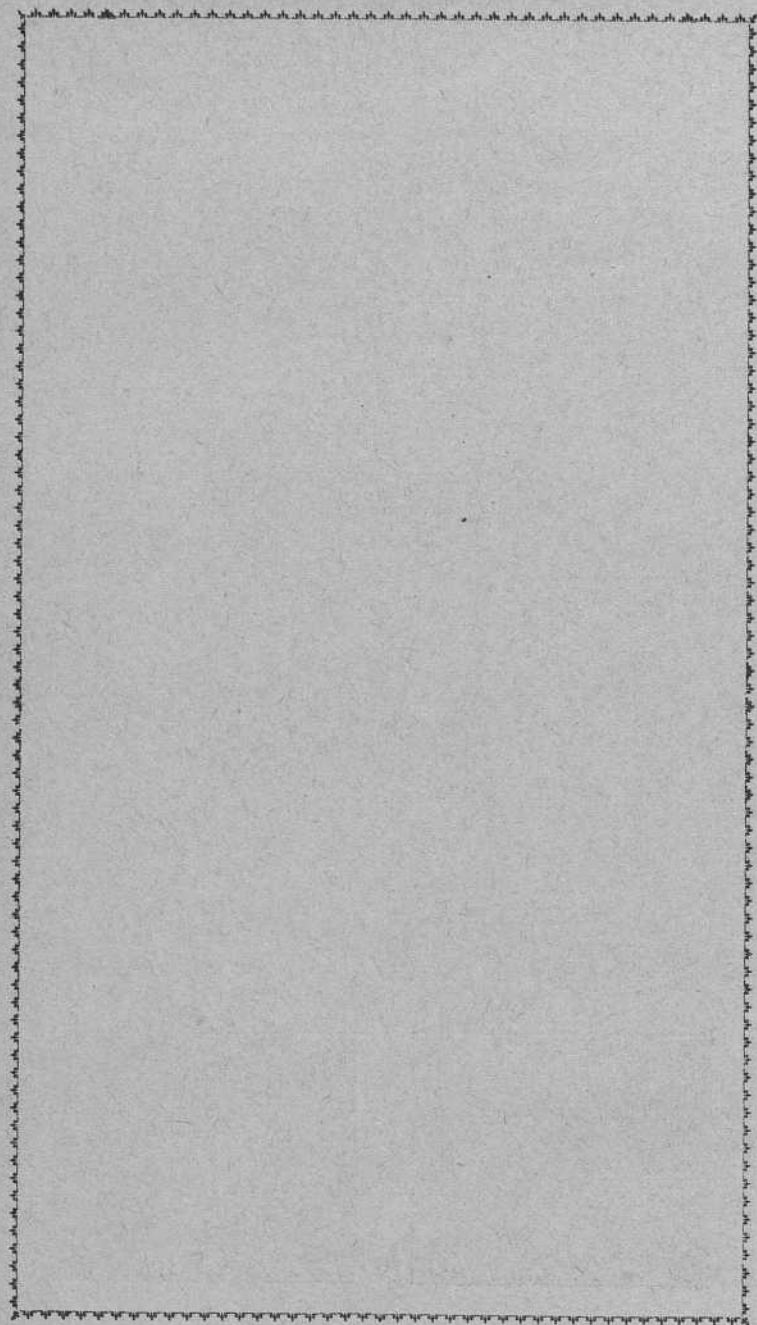
Los gitanillos corren fustigando a las bestias por magia misteriosa que convierte defectos en primores.

A cada presunto comprador le avasallan galantes corredores que siempre, desde el primer instante, se le asocian para defender sus intereses.

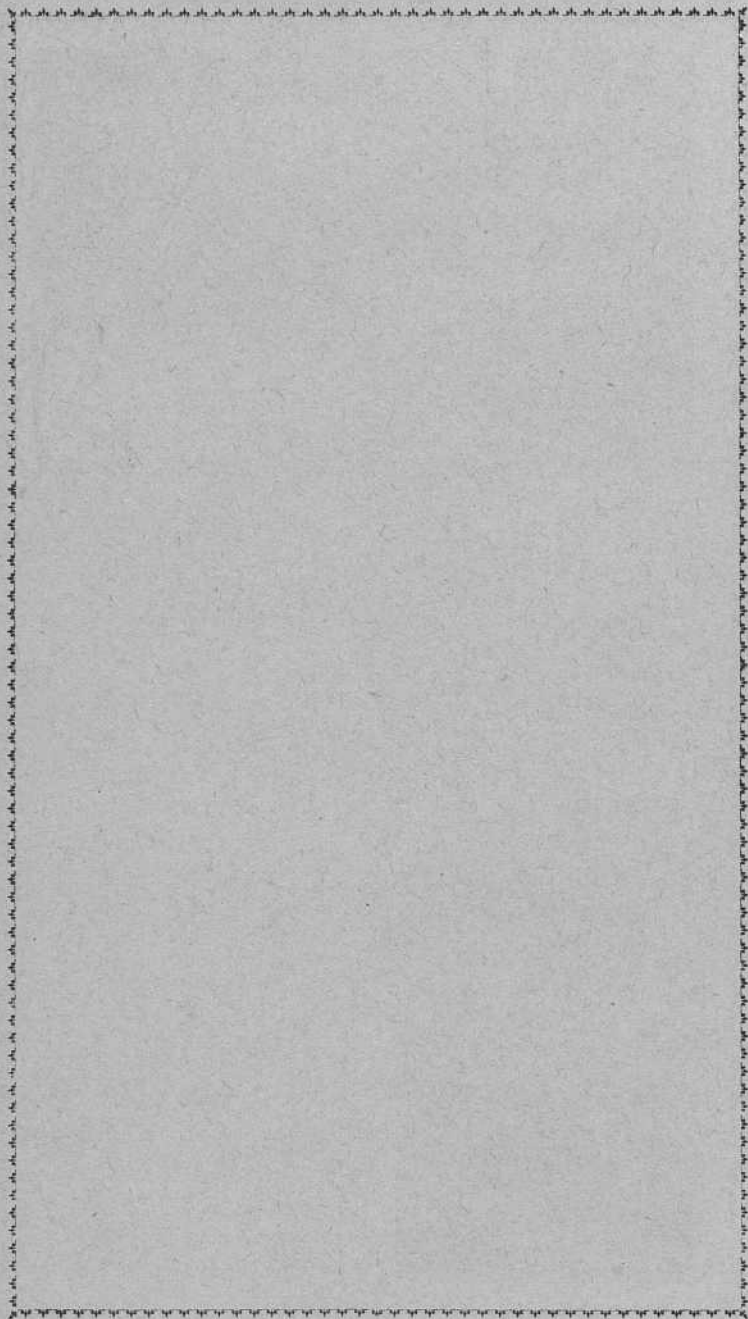


Son cuadros de vida intensa incopiable; grupos llenos de gracia y donosura; momentos que recuerdan los días de los chisperos y truhanes. Cruzan coches con majas, y en aquel ambiente tan vario y tan colono, se celebra la feria de ganados, que bien merece los lienzos de artistas inmortales, por la ribera de los ríos granadinos y su fondo que eleva la ciudad coronada por las frondas de su Alhambra y la blanca silueta de las nieves que se destacan muy lejanas.





FIESTA EN EL ALBAYCIN







## Fiesta en el Albaycín

∴ A D. MIGUEL UNAMUNO ∴

**E**s el Albaycín el barrio de más nombradía de esta Granada moruna y de paisajes.

La situación topográfica del mismo, que da frente a la grandiosa quilla de la Alhambra con sus bosques, que parece embarranco en la vega granadina, cuya disposición inexplicable y sugestiva se contempla desde varios sitios del Albaycín; sus calles tortuosas que



de día son misterio de un sol que brilla amarillento; los salpiconazos de sus *cármenes*, que viven cerrados para el mundo y saludando al cielo con sus huertos y cercados; allí diríase que anida el alma de aquellos abencerrajes que murieron maldiciendo el amor de una sultana, y hoy abominan de los siglos de una civilización, que no es la de su Damasco granadina.

Es imposible sustraerse a la impresión moruna del barrio encantador.

Surgen vestigios de aquella interesante vida musulmana, y en muchos sitios consérvase la arquitectura que legaran los musulmes al huir gimiendo por el poderío que ellos mismos destruyeron; y en las torres de las azoteas de los antiguos caserones y en las cúpulas de los campanarios que implantó en aquellos siglos la naciente religión, se desdibuja el símbolo de la católica cruz triunfadora en los poderíos terrenal y del espíritu, surgiendo en idealismo el



imperio del casquete de la luna, con la que antepasados luchadores empenachaban sus turbantes.

Crúzase el Albaycín con esa legendaria visión que nos inculcó la historia; en él se goza un ambiente de lasciva paz, y por sus solitarias calles, apenas modernas impresiones nos perturban en nuestros añejos sueños.

Despierta en eco el canto del Muecín. Aguarda uno gozar en la impresión del secreto de cautivas que desgarran la virginidad de la discreta celosía que encubre rostros de mora. Así cruzamos, y al ritmar de las pisadas que acentúan ecos vibrantes, sentimos abrasarnos las entrañas con el mirar ardiente, de las hijas del Profeta, que cantaron inmortal.

Ese es el Albaycín: calles laberínticas; albergues misteriosos; y en éstos y en aquéllas, un ambiente que dejó el carácter berberisco que sus primitivos



fundadores le impusieran. Somos huéspedes en el barrio pintoresco y sentimos la impresión de las alas de los siglos, que obscureciendo las distancias nos separan de los años que vivimos, transportándonos a tiempos que pasaron; tiempos de celos musulmanes y de intrigas cortesanas en el reinado de monarcas, que nos parece conocer. Celos, pasiones, rencillas, todo en fuente de poesía, y en el baño de quimeras que provocan los morunos rinconcillos.

Las noches de las fiestas de este barrio, viste el Albaycín las galas de sus flores; lúcese los pañolones de Manila, y de cada vetusto caserón, salen quedas las mujeres de figura sarracena, a las cuales idealizó el baño del Jordán, imprimiéndolas sentimientos de cristianas.

Y tal mixtura de ambiente y de belleza es el carácter de la fiesta albaycineña de la Plaza Larga; fiesta que centra allí y corre por los patios de los cárme-

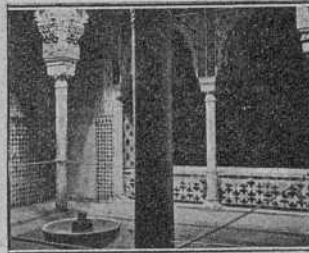
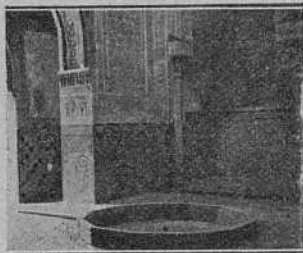


nes y bulle por las casas de vecinos y se filtra a los rincones de las rientes viviendas granadinas.

Vibran guitarras; crujen castañuelas; rasgan los aires las coplas, y entre palmas y olés y piropos y arpegios de alegría, se hace la fiesta que es cimbreo de talles orientales que circundan pañolones blasonando sus bordados; flecos que se retuercen en la loca convulsión; rizos que sombrean y claveles, muchos claveles, que es la flor más granadina que pasa del pecho de la moza a alguna boca que les sella besos; y otras flores que dejan caer al suelo, cabezas que exornaban, a morir hechas alfombra de perfumes y colores a los menudos pies de la que baila y contornea.

Esa es la fiesta y por eso afirmé que la fiesta es la mujer albaycinera en el ambiente del morisco barrio.

Pero aquella fiesta tiene su comple-

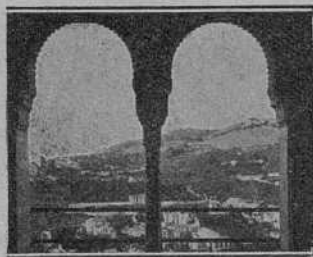


mento. Asomarse a la ciudad, desde cualquiera de los balcones que el Albaycín prodiga, asombrando al mundo entero con los panoramas que descubren.

Contéplase a la izquierda la silueta de la Sierra que duerme arrebujada en su inmenso manto níveo acariciando en su entrañas los tesoros que guardará virginales décadas de siglos.

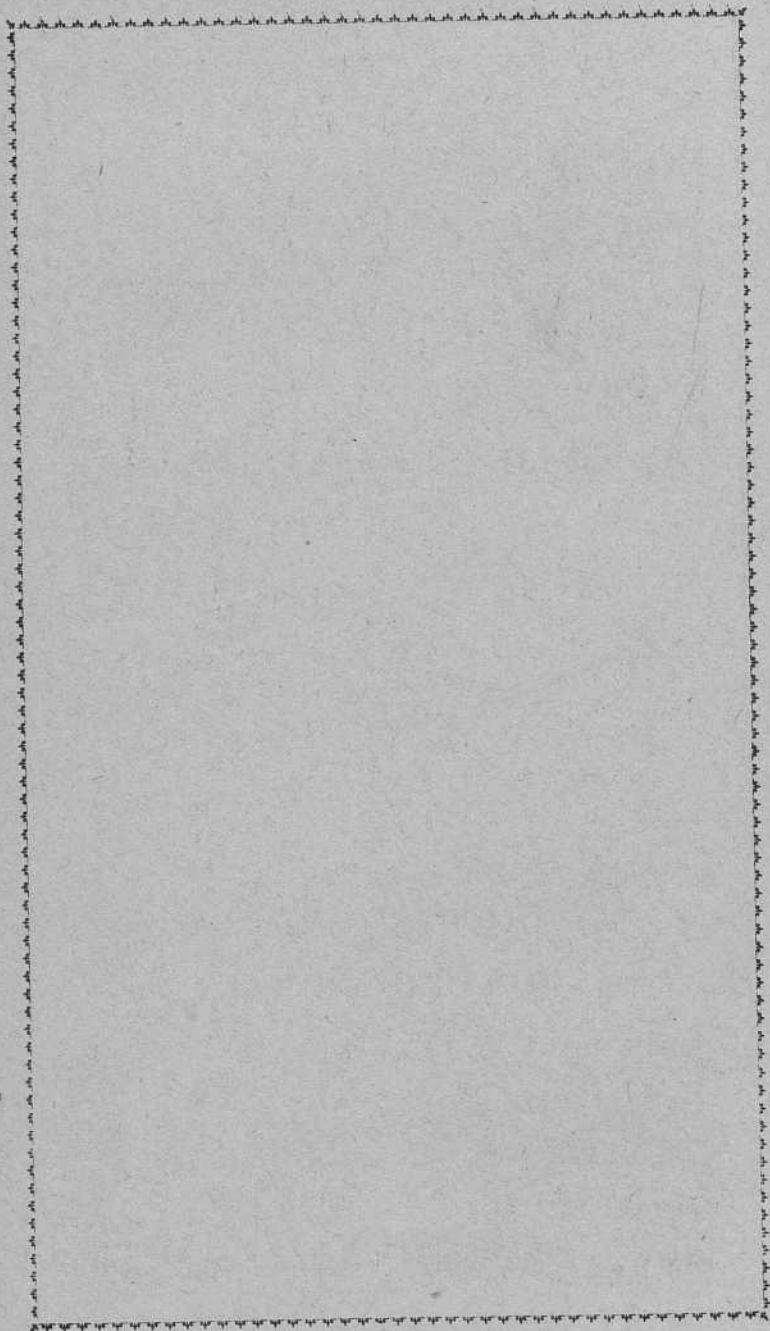
Quedan enfrente la inmensa mole de la Alhambra que envía sus brisas de paz; al pie, Granada que duerme reclinada como hija zalamera en el regazo alhambrenño; y en cuanto la vista alcanza, se admira la inmensa vega que se dilata salpicada por la luz de sus numerosos pueblecillos.

Absortos contemplamos su impresión y como eco de un piropo misterioso llega en ondas el broncíneo tañir de una torre secular con su *dan dan* melodioso e imponente que es la voz eternal de la campana de la Vela.





FIESTA EN EL HIPÓDROMO





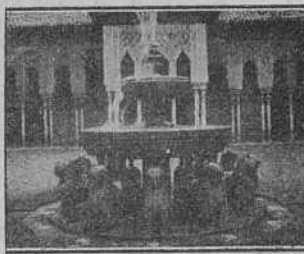


## Fiesta en el Hipódromo

Al Excmo. Sr. Conde de Romanones

**T**ERMINANDO en la costa, parte de Granada una carretera que arranca desde el paseo de San Sebastián, y cruzando por el centro del vecino pueblo de Armilla, deja a su izquierda al remate de esta población, el polígono del Hipódromo.

Es costumbre inveterada que todos los años se celebre en éste, siquiera un número de las fiestas del Corpus,



que alcanza grande esplendor, por la magnificencia del lugar en que el Hipódromo se encuentra emplazado. Una fiesta que invita a los granadinos a abandonar unas horas su Granada y precisamente para hacerles sentir la inmensa sensación de su ciudad; fiesta que lleva el atractivo de una peregrinación al campo, con los alicientes que presta el viaje colectivo; y finalmente, contemplar allá en los palcos y en la pista del Hipódromo, la alegría de concursantes triunfadores, que alcanzan premios entre aplausos y felicitaciones, que siempre el éxito arranca de cuantos siguen con interés las luchas empeñadas.

Desde el medio día comienzan en Granada los preparativos de la fiesta del Hipódromo de Armilla.

Iniácese el trepidar de los coches en su carrera, cruzando de las unas a otras casas, recogiendo a las familias y a sus invitados. Porque esta fiesta



que no excluye a determinados elementos de la sociedad, lleva en sí un carácter especial aristocrático, que se extiende a la moderna aristocracia del dinero, triunfadora siempre en los alardes de ostentación o de riqueza.

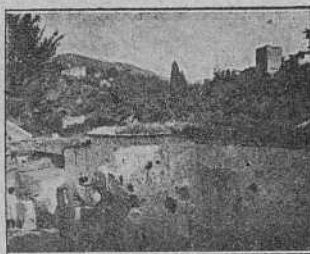
Situado el Hipódromo a unos cinco kilómetros de Granada, precisan carruajes que avasallan al democrático tranvía; siendo fiesta la que en el mismo se celebra, de larga duración, y con el sello campesino que a la fiesta imprime la natural configuración de aquel local, las familias llevan cestas conteniendo fiambres y licores, que al extenderse después sobre las mesitas transportables, conviértense en banquetes donde nuestra moderna sociedad desborda sus alardes de prodigalidad y desprendimiento.

Todas son circunstancias suficientes, para que resulten excluidos de esta fiesta, aquéllos que no pueden llegar sus gastos a donde la misma exige.



Sin embargo; bien merece el Hipódromo que sean olvidadas tales exigencias, a cambio de gozar de cuanto el espíritu es capaz de recoger en estas tardes de aristocráticos festejos.

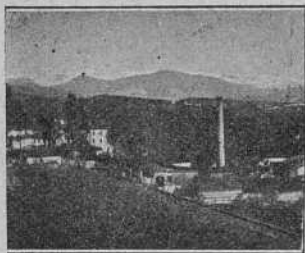
El trayecto de Granada hasta el Hipódromo, es pintoresco por los varios paisajes de la vega que descubre; en estos días de alegre bullir, suma el encanto de lujosos trenes y fastuosos automóviles, que cestitas de mago misterioso conducen las mujeres granadinas, que muéstranse refulgentes de belleza, entre las flores que aparentan la esplendor de sus tocados; caras mostrando los ojos brilladores, las bocas sonrientes, entre cendales de gasas y bajo sombras de sedas. Y un loco charlar y un alegre bullir, que imprime un vértigo en la carrera, que parece contagiar a los caballos y motores que vuelan desenfrenados a llegar jubilosos al Hipódromo.



Es grandioso el panorama que ante el mismo se despliega. Constituyen siempre éstos en nuestra Granada evocadora, el decisivo triunfo de cualquiera festival, pero en el Hipódromo alcanzan tal magnificencia, que ello solo bastaría a dar motivo para la realización de esta excursión, que repito adquiere el carácter de una colectiva excursión campesina.

Desde la valla de la pista, desde los palcos y terrazas, admírase uno de los mejores paisajes del mundo. Es una inmensidad de dibujo y de color. Imposible imaginar mejores contrastes de línea, perspectivas y tonalidades.

Iníciase el vergel de gran parte de la vega granadina, que se muestra pujante de color y de perfumes; allá lejos siempre dominadora la completa barreira de la Sierra Nevada, que se acentua en su inmensidad ante nuestra vista, como desde lugar alguno se puede contemplar.



Se perciben sus moles de perenne nieve, las estrías de los desmontes, las sombras de aquellas partes que rasgó el sol en girones; allá arriba el perfil de línea inquebrantable, destacando los picachos del Veleta y Muley-Hacen. El sol refracta y tinta en blanco cuanto parece el dominio de la Sierra; la ciudad que se destaca a la izquierda, en miniatura que ha formado la distancia, y blasonando la soberbia corona de sus torreones alhambrenos. Ascende en el declive mostrándose fragante y coque-tona en el imperio de sus encantos y bellezas. Y conjunta el fondo toda una serie de pintorescos montecillos de arbolado, acentuando los varios tonos del colorido de sus tierras, y destacándose lejano, árido y evocador, junto a Cartuja que a la izquierda se vé, el templete de las brujas.

La admiración de este inmenso cuadro donde la vista se extasía durante algunas horas, es, pues, el superior



encanto de la fiesta del Hipódromo, que bien merece el honor que Granada entera le dispensa, trasladando allí sus hijos en las tardes que la fiesta se celebra.

Tiene lugar la primer parte del hípico concurso; otras veces éste sustitúyese por otro cualquiera festival; en algún año combinóse con la moruna *fiesta de la pólvora*, que fué *corrida* por secuaces de Mahoma que a Granada vinieron con tal fin. Allí también se celebran los festivales de aviación y jugadas del polo; siempre algo que requiera de marco el incomparable vergel de alegría que es el Hipódromo de Armilla.

En la hora del descanso de la fiesta, extiéndense las mesas y comienzan a salir de los cestones las meriendas preparadas.

Hay un alarde de fastuoso desprendimiento.

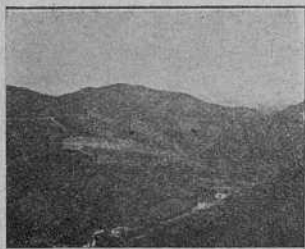


Los mantelillos del refresco compiten entre sí, por su riqueza y buen gusto.

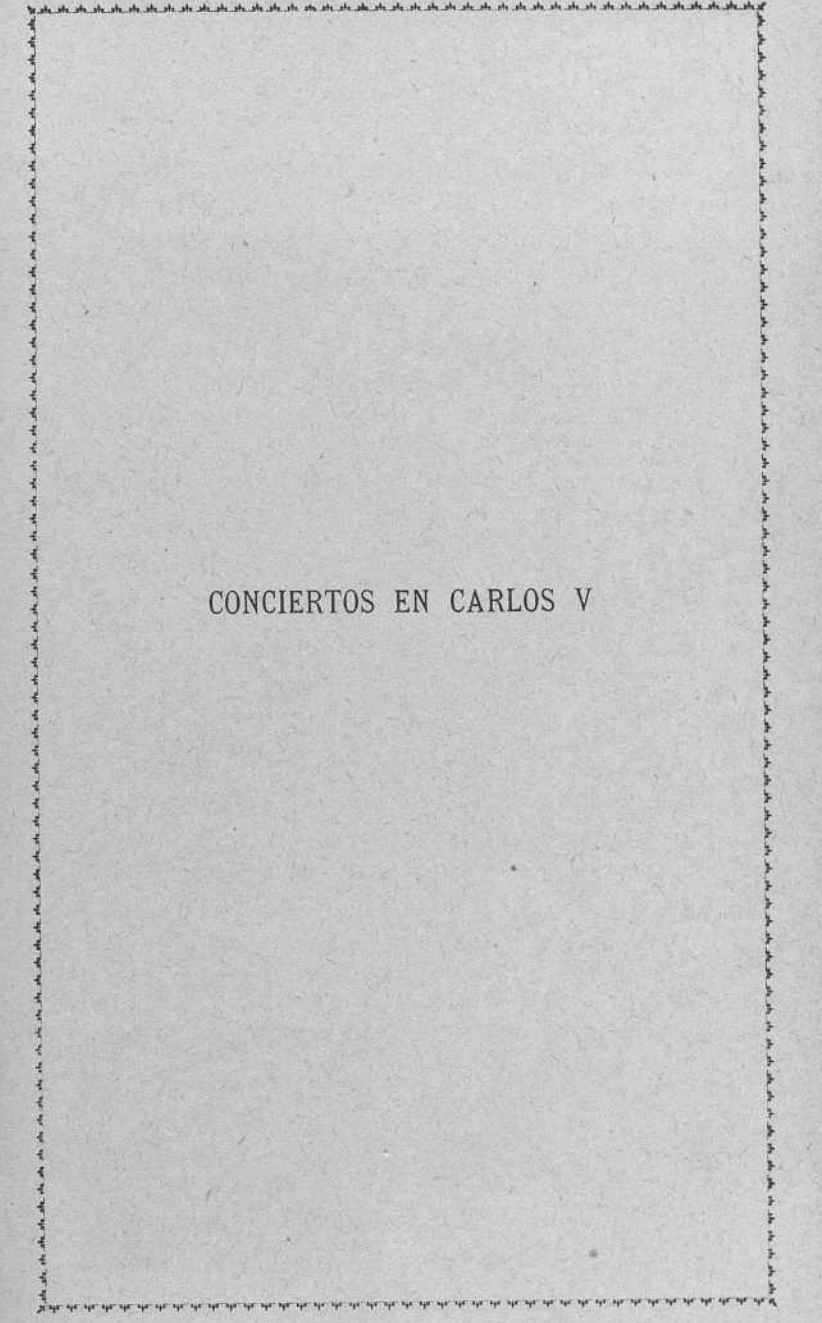
Los cubiertos y las copas son tesoros por sus repujados y rica cristalería.

Extiéndense las vituallas que cruzan en galantes atenciones de las unas a las otras familias; desbórdase el licor; el inspirado champagne espumea en ingeniosos brindis de alegría, y es un loco cuadro de entonación el del Hipódromo, donde ya fueron olvidadas ciertas barreras que el mundo impone y que siempre borran estas giras el campo: En él, Dios iguala las distintas condiciones.

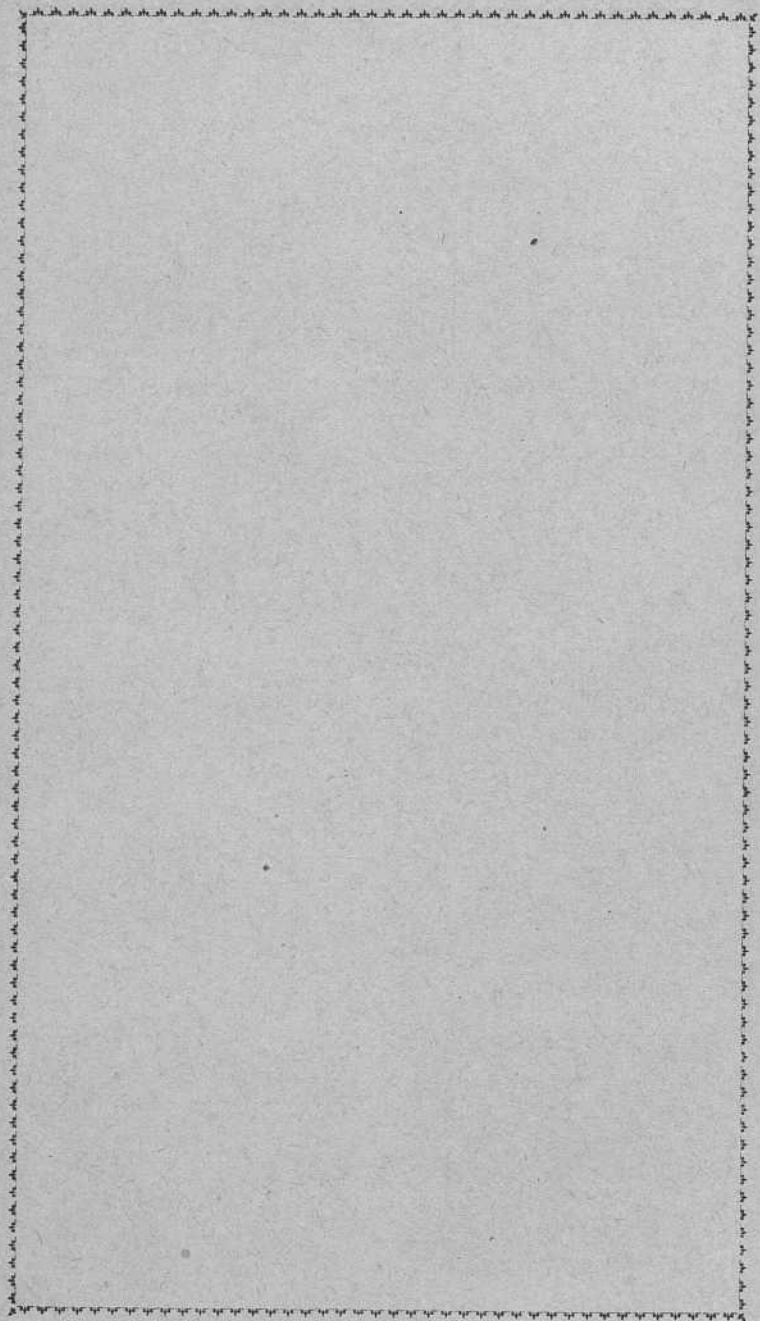
Y en tal ambiente de risas y algazaras, de estridencias jocosas y mil requiebros llenos de inconsciencia, se desliza la última parte de esta fiesta del Hipódromo, iniciándose el desfile en loca cabalgata de desenfrenos de suprahumana vehemencia colectiva, corriendo atronadores los coches que regresan entre piropos y cantares, entre suspiros amorios y enervadoras alegrías.







CONCIERTOS EN CARLOS V





## Conciertos en Carlos V

A D. MANUEL LINARES RIVAS

**E**MPLAZADO en el corazón de la Alhambra y como coronando los ideales jardines de la misma, hállase el sólido edificio, proyectado palacio imperial de Carlos V, y monumento pétreo legado a la posteridad, quizá emblemando el indestructible poderío de la España de férreas energías.

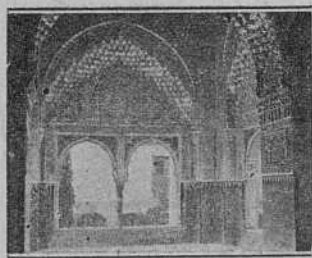
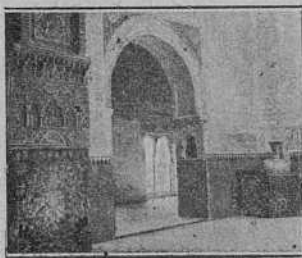
Después de haber cruzado los paseos iluminados en estas noches de misterio,



es muy grande la impresión que el secular Palacio nos produce por su granítica mole. Con la luz del exterior contrasta aquella masa rojiza que silueta la inmensa sombra imponente.

Nos brinda sus entrañas de fuego, destacando la ornacina de su puerta que manda luz; luz incitante que nos atrae, con los rayos que en haz envía por la puerta, como atrae e interesa la exótica impresión que producen sus inmensos ventanales descuidados y que igualmente refulgen en las noches de conciertos: cuencas vacías que el tiempo ciego signó en aquel Palacio, que al parecer eternal, así aguarda el paso de los siglos inmutable e indiferente a la marcha de los hechos; piedra insensible, viva por su muerte, que no tiene corazón para sentir.

Cuando ya dentro de él contemplamos su grandeza, sus líneas nos acogen sarcástico, burlando en cada uno a la toda humanidad que sueña en poderíos.



Tiene su arquitectura la crueldad que imprimióle su arte peculiar, que abatió las grandezas del más poderoso Emperador de la España, al rendirse sin dar término a la obra insoñada en alarde quizá de soberbia fastuosa.

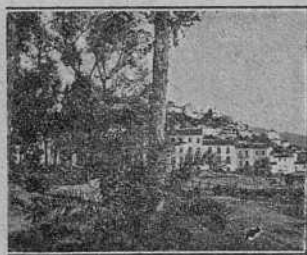
Allí es la peregrinación en las noches de conciertos, noches en que los genios de la música, arrancan de nosotros un *miserere* de mil voces insonoras, que manda nuestro espíritu al Dios de lo creado, y noches en que a los tiempos armoniosos que ritma la mágica batuta directora, a los acordes orquestales despierta el alma que himna y llora o clama o gime o se alborozaba en mil varios sentimientos.

Allí se lleva la vida de un siglo nuevo, de años que remozaba la humanidad que sigue el ciclo de su fin ignoto, y en aquel grandioso círculo que bordean graníticas columnas y abierto al cielo como alentando a la visión de Dios, se congregan los amantes del arte divino,



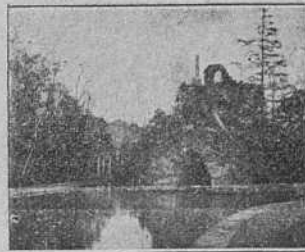
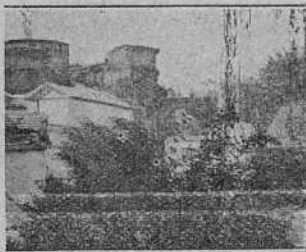
los devotos del templo que aprisiona nuestros corazones, para hacerles vibrar con la vida, que imperativos nos imponen los maestros inmortales de la armonía.

Encuétrase el palacio de Carlos V, adornado con tapices y con flores; inúndase de la más distinguida concurrencia, cuyas mujeres Granada viste en estas noches de princesas y de infantas, que han de habitar el palacio castellano. Sentadas en las sillas, ellas forman guirnaldas de color, que conjuntan la impresión de majestad de aquel recinto. Fastuosidad en los trajes, excelsitud en las caras que son flores del jardín del amor, y como gotas rutilantes de un rocío de cristal, los centelleos de pedrería que exornan los collares, las ojarcas, los pendientes... y las perlas que tanta angelical luce al reir, que no envidian los encantos de las otras ricas perlas que llevan sobre sus gargantas y en diademas.



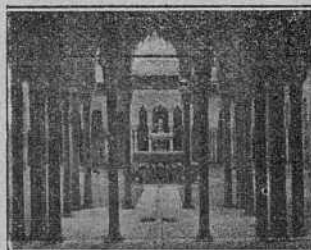
Tal es el cuadro de tesoro y de belleza que encaja en la rusticidad del Palacio; marco evocador, dentro del cual se aspiran con las brisas alhambrenas, la ideal sensación que se filtra de los desconocidos subterráneos que habitan los gnomos y se adueña del espíritu doblegado a la emoción.

Es imposible concebir nada igual a los conciertos de la Alhambra; en cualquiera otra parte, la música no acoge la inspiración que impone este genial ambiente; en cualquiera otro sitio, el reinado de la mujer se encierra en torno suyo; en Carlos V irradia fundiéndose en bouquet inconcebible; y cual en muy pocos lugares, en éste elevan las ondas de armonía nuestra alma hacia el Altísimo, atravesando los cendales que túnica del cielo muestran las infinitas lucecillas de estrellas que fulguran respondiendo a la vida terrena, con su mirar parpadeante y engañoso.



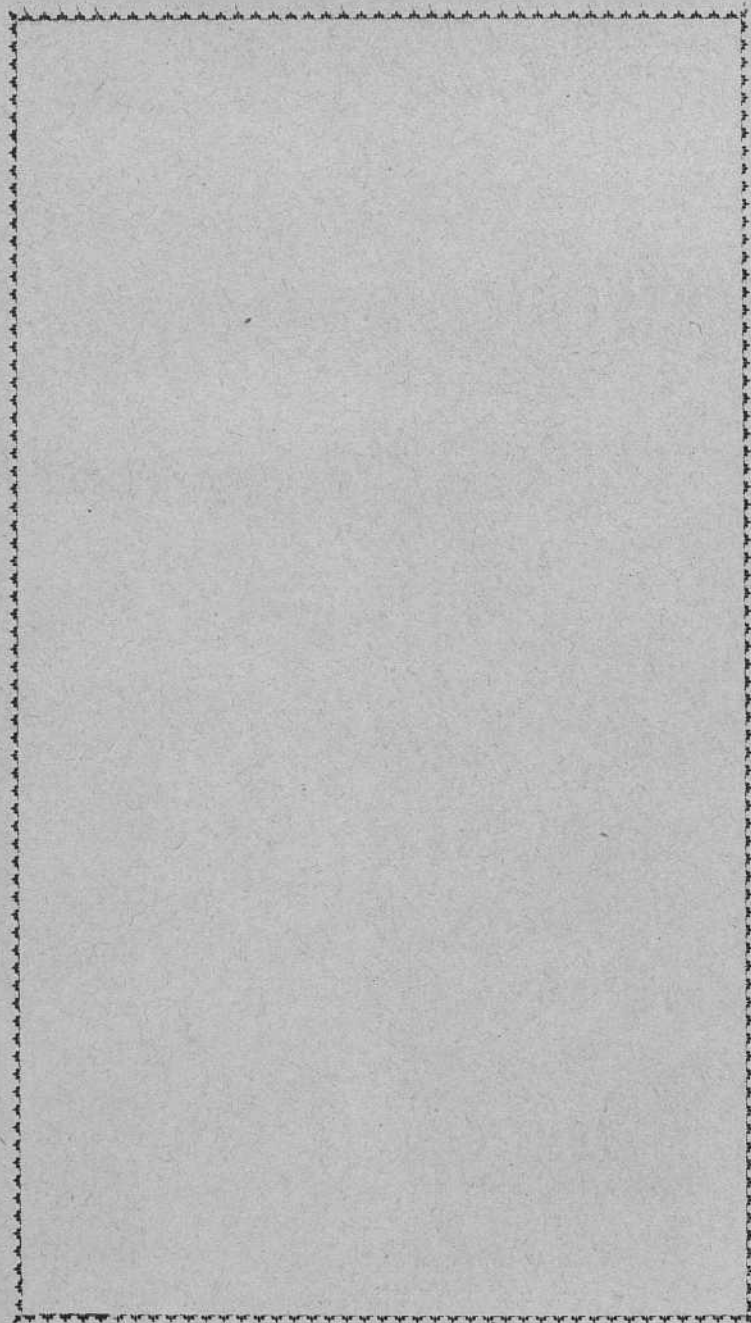
Avanza hacia el atril el maestro que ha de imponer su alma en el concierto. Simétricamente agrupados los profesores concertantes aguardan la indicación de la varilla del mago director y el público se recoge fervoroso, sellando en unión artística, los espíritus que se abstraen.

Y al ritmar de los acentos orquestales que rumorean en armónicos acordes, o en quejumbrosos ecos que se entremezclan matizando los ayes o suspiros que lanzan los instrumentos de cuerda y de madera, parece que en evocación misteriosa, junto al genio de la música van cruzando las almas inmortales de Wagner, y Beethoven, de Bach o de Chopín, con las de nuestros patriotas Albeniz o la del mismo Bretón, que no siempre presente dilató su espíritu del cuerpo para entonar en cantos regionales, las cadencias o alegrías de nuestra raza española.





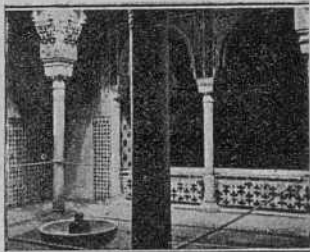
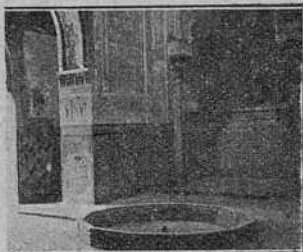
FINAL



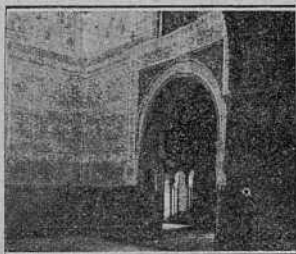
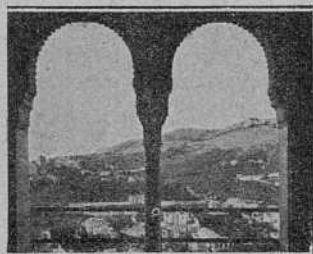


## FINAL

**C**ELÉBRANSE en Granada otras fiestas en honor del Santísimo, las cuales no presento en detalle, por creerlas menos típicas que éstas que yo he bocetado en las anteriores páginas. Fiestas casi todas de intenso colorido y de carácter popularísimo, pero que desde luego no pueden ir parejas con las muy nombradas que constituyen el galardón que dió fama al Corpus granadino.



Desde la pintoresca diana militar, que es el primer anuncio de nuestros festejos, y en cuyo número desfilan por las calles de la población, que muéstrase impaciente al desarrollo de las fiestas que anuncian los cartelones y programas: En la mañana de la víspera del Corpus, vibran como notas de triunfo, los metálicos sonos de las cornetas y clarines y trompetas y bandas militares, de los regimientos que guarnecen a Granada. Salen plétoras de alegría, himnando juventud, los soldados que constituyen las referidas bandas, y a su paso levanta en vida la ciudad que les aplaude, gozando en el saludo a su juventud, como al símbolo de la primavera de las fiestas en trinidad benditísima con la primavera del tiempo, y la otra primavera de la humanidad que encuentra en ellos toda la potencia de la madre patria. Desparraman en acordes sus cantos militares, y a su paso nace de los espíritus, la ofrenda dirigida al vínculo

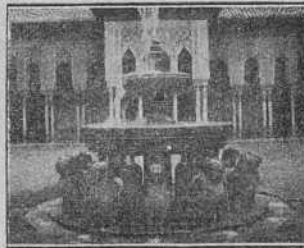


de fraternidad que esos hermanos nos evocan. Se siente a Dios, sintiendo la igualdad y gozando en el espectáculo de la dicha que olvida los pesares.

Hácese también la *pública* de la brillante procesión del Corpus Christi, cuya *pública* desfila por las calles que el Santísimo ha de recorrer, recordando al vecindario el inmediato paso del Dios Uno en la tierra, con el misterio inmaculado que despierta la intensa devoción de la íntima piedad y de la humana alegría.

Ínciase el adorno de los balcones y fachadas. Muéstrase la fragancia de las flores, que al día siguiente Corpus, se arrojarán desgranadas al paso de la Custodia.

En las calles cruza el pueblo que acude a ver a la Tarasca y rememora las grandezas de los siglos que pasaron, saludando al histórico pendón de Castilla y al escudo de Granada, que se



guardan como joyas muy preciosas de la reconquista y como símbolos evocadores de los reyes inmortales, que sellaron en nuestra histórica Ciudad el poderío nacional que dió unidad a la España que blasonamos con orgullo cuantos nacimos en su suelo.

Castillos de fuegos de artificio: fiesta de sabor moruno, con sus atronaciones y sus hogueras esplendentes.

Y cucañas y verbenas y otra piadosa procesión en la octava del día del Corpus Christi; todas fiestas populares y en que van entremezcladas la alegría y el fervor y el recreo y las plegarias, en mixtura simbólica de un compuesto de alma y cuerpo, que al par o combinados, gozan y vivificanse en las horas que Dios concede de olvido o de recuerdo.

Y tiradas de pichón y exposiciones y campeonatos en que luchan el arte y la habilidad, y el genio y la destreza; y



certámenes y justas literarias y congresos, abarcadores en los cada número de las varias manifestaciones de la vida humana, y sus luchas por la perfección y el triunfo y las conquistas del bien, siempre remoto a pesar de los ataques de la ciencia.

Y como broche, la retreta militar que canta reposo y lleva a los espíritus en sus notas, la severa orden de un recogimiento que nos hace languidecer en vuelta a la vida real, de la cual nos apartamos durante unos días de ensoñaciones y de júbilos.

Tales son mis impresiones de las fiestas del Corpus granadino. En las líneas de estos "apuntes" míos, vá un algo remoto de la sensación que ellas gravan en mi alma y de allí despertó la pluma para estampar sobre el papel.

Pobres son las imágenes con las que yo les doy vida. Muy grandes son las fiestas que siempre atraen a Gra-



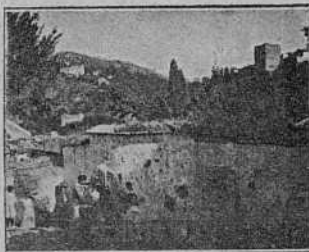
nada legiones de forasteros de todo el mundo.

Y al concluir, no quiero quitar de entre las fiestas típicas, una que ciertamente no se anuncia en honor del Santo Corpus; pero en gracia a ser muy granadina y no deber excluirse de la vista del que sea nuestro huésped, también quiero gravarla en estas páginas: la fiesta de la zambra, que se celebra en el llamado barrio gitano.

### ∴ La zambra ∴

A D. JOSÉ R. CARRACIDO

**E**XTIÉNDESE en las faldas del monte que se alza en la margen derecha del río Dauro, el popular barrio gitano y arranca decisiva su vía principal desde la cuesta del Chapíz, con el camino que conduce al Sacro-Monte. Al iniciar el paso, admírase el espectáculo exótico de esa pintoresca colmena de humanos, inconcebible.





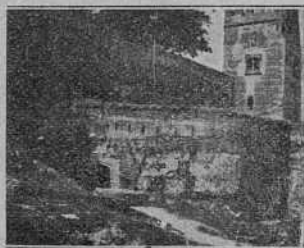
En contraste con los encantos de la Alhambra y la ciudad que queda al fondo, abriendo el horizonte infinito de la vega, están dándoles frente estas casucas miserables, cinceladas en las rocas del monte casi hueco, con las galerías y salones de estas cuevas, muchas de ellas de confort y hasta de ostensible coquetería. Se mira al cerro y solamente se vé alguna que otra puerta, o ventanuco que se abre tubular buscando los interiores, y a ras del suelo, chimeneas que levantan los humos como un rescoldo de brasas hechas sobre la tierra misma; es una sensación inexplicable de sorpresa; parecen las manchas blancas de cal sobre el cerrillo, como si una pigmea ciudad de enanos liliputientes tuviese allí su asiento; como si un inmenso cilindro destructor hubiera pasado sobre el barrio de casas y las hubiese chafado hendiéndolas contra el suelo.

Pero la vida surge; hormiguean los



alegres gitanillos desarrapados y gentiles; bullen las gitanillas cargadas de arrumacos de varios colorines que matizan haciendo pintoresca la barriada; y allá se ven los grupos que tejen con los mimbres las canastas, y se escuchan los golpes de los férreos martillos que laboran, y entre ellos, las vibraciones de lejanos canturreos que ritman emocionantes notas llenas de somnolencia.

Trabaja el barrio troglodita, que al par en su rudeza sabe comprender las bellezas que Dios puso ante ellos en los ideales panoramas que inspiran sus cantares; y por él y bajo el sol que tuesta ardiente desde el cielo que también se hace gitano, luciendo su intenso azul, los corazones de los *cañís* granadinos saben sentir sus amores, cultivándose apasionados, y los *churumbelillos*, descalzos y harapientos, llevan la sal en la cara y guardan lumbre en los ojos cetrinosos, que chisporrotean brillantes junto a la tez encurtida.



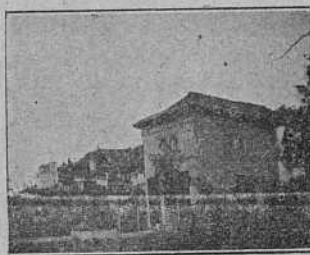
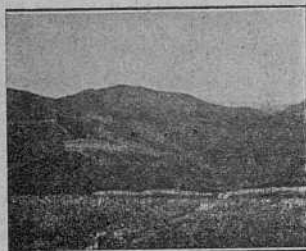
Y en este barrio que olvida el dolor para vivir, es donde nació la zambra gitana que es la fiesta de más locos cimbreos, de más pasión sensual, de más ardiente lasciva que es posible concebir, pero que aún con estos caracteres que yo sostengo, no es fiesta de groseros carnalismos ni de excitantes lujurias. Es gracil, loca, de siluetas plásticas, pero llena de una vida de pasión gitana, que la hace de carácter propio y de arte nuevo, ignoto más allá de estas barriadas gitanas; no es el baile andaluz, gracioso, procaz y con asomos de un flamenquismo escultural y refinado; es la danza que hace vibrar los átomos de la que baile, entre convulsiones de histerismo y jadeos llenos de ardor.

Al punteado retrinante de las bandurrias acompañadas del bronco rasguear de las guitarras, iníciase el bailable que marca extremecimientos.



Destácanse del grupo de peripuestas gitanillas, las que han de seguir la hon-da canción gitana; un cuadro de color en aquella cueva blanquísima aunque sombría; mantoncillos pajizos y encarnados; percales en las faldas que dan toda la gama del color; muchas flores y cintas y moñajos; las patillas y rizos circundando las caras que sonrien mostrando el mármol de las blancas dentaduras; y cuando arranca el zapateado y la canción, los cuerpos se estremecen, y saltan, y vuelven, enróscanse entre palmas y las guitarras acentúan sus vibraciones que ponen luz en los ojos que viven aquel mundo de típica armonía, hasta al final rendirse con la terminación del baile y de la música, desplomándose las gitanillas jadeantes en las sillas que anteriormente dejaran.

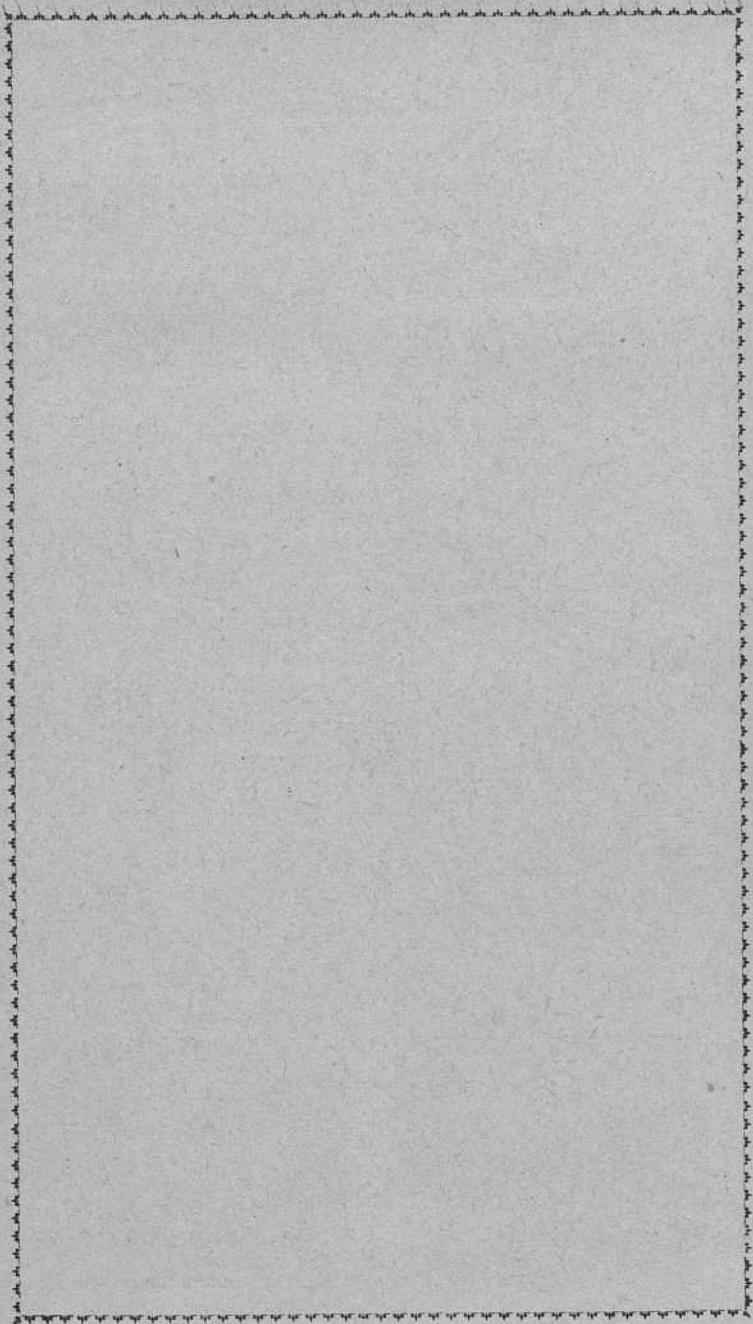
Vuelve la música; saltan las coplas de *achares* y de *quereles*; todas de pasión; coplas de una musa popular, musa gitana, que no conoce otra vida que la



que corta el puñal, ni presume otros distintos sentimientos que los que enervan los celos.

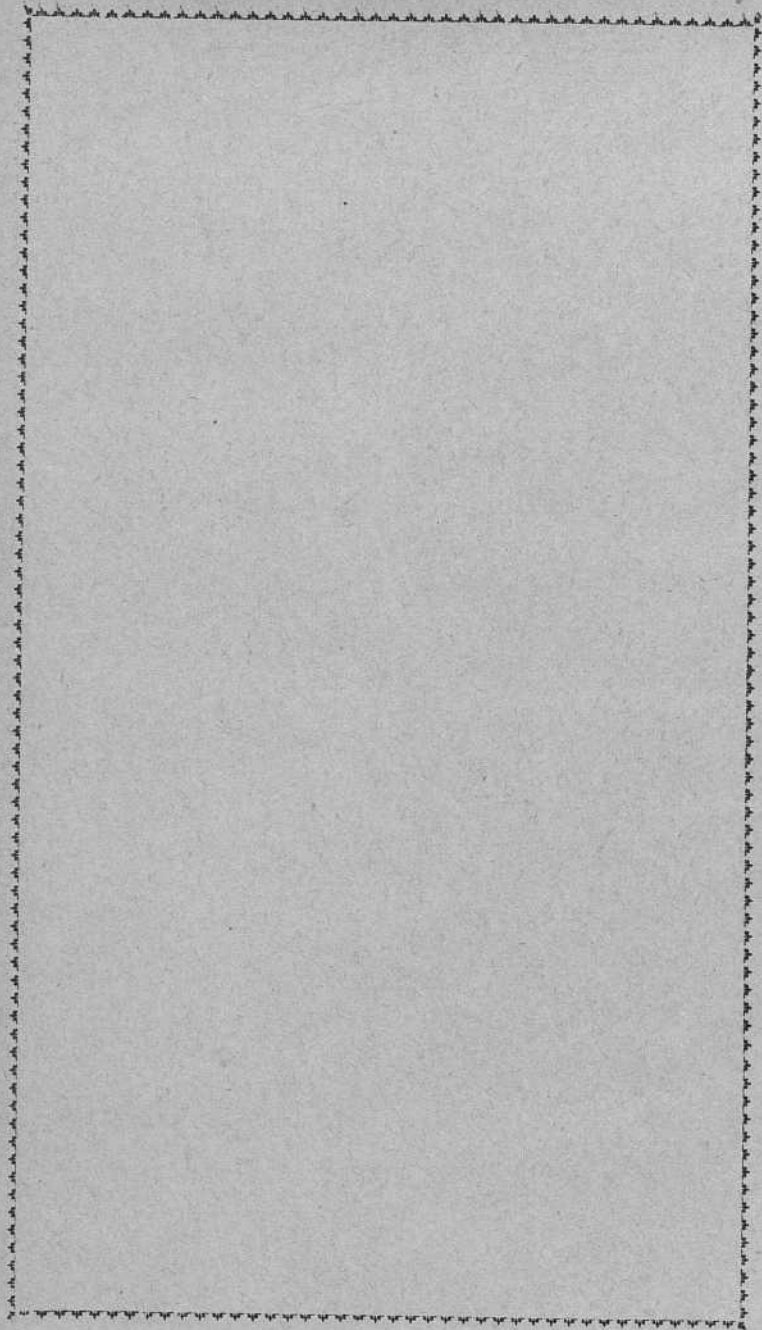
Y así estos gitanos, hacen sus zamboras, que por exclusivas, seguramente bastardeadas, fuera de estas cuevas de los cobres y la cal, bien merecen conocerse esquivando la impresión de la lujuria *cancanesca* que no consiente el colectivo corazón de los que nacieron en España.



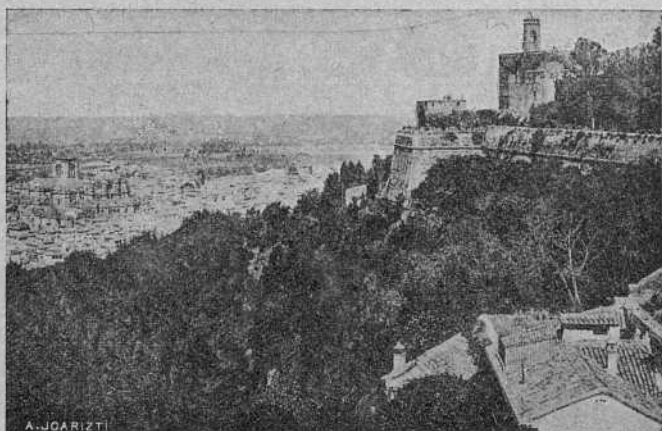




EPÍLOGO







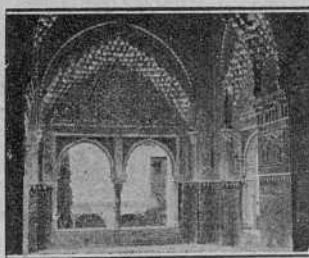
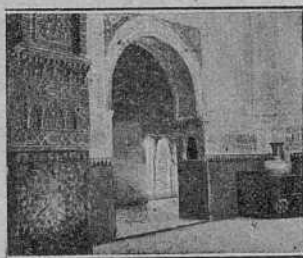
A. JOARIZTI

## • EPILOGO •

de RAIMUNDO DOMÍNGUEZ

**B**ELLVER Cano, ha roto de un mazazo tan viril como el ánima inspiradora de sus lucubraciones, el molde mohoso y estropeadillo donde la moderna falange de poetas y literatos al uso, arroja el contenido más o menos opulento de su crisol espiritual.

Nuestros jóvenes pensadores temen dar a la luz pública las concepciones de su ingenio, si éstas no van prologadas



por el figurón ó figurín que la *derniere-cri* reverencia en el mercado, república o Babel de las letras, como si el figurón fuese un oasis para el inédito, ya que no la panacea contra el pauperismo y la mediocridad ambiente en el impreso.

Bellver Cano, muchacho de carácter abierto y franco; pero correctísimo y regulado por la reflexión y el estudio, que sabe de lo que es capaz y que ha medido victoriosamente sus fuerzas generadoras con las de tanto y tanto mercachifle como por esos Centros y Ateneos andan arrastrando la péñola, con humos de "fenómenos", ha lanzado a la voragine popular un libro que huele a claveles y jazmines y a mirra y ámbar; un libro delicioso donde el alma de las tradicionales fiestas granadinas, asoma ya riente, ya sentimental, ofrendando las exquisiteces de su musa bellísima engalanada por todos los genios de la fantasía.



El autor de EL CORPUS EN GRANADA, confiando en la bondad de lo que él llama "apuntes" ha ido contra la corriente sin solicitar el marchamo de Valle Inclán, Linares Rivas, la Pardo, Baroja, Unamuno y otros príncipes de la literatura contemporánea. Comienza, pues, su esplendorosa carrera, saliendo a la palestra de la mano de un periodista eminentísimo, culto y valiente como es D. Juan Echevarría, y este detalle da fe de su loable independendia y de su seguridad en el triunfo.

Al solo anuncio del nuevo libro por nuestras calles y callejones, los granadinos dejáronse ir en pos de la cábala, imputando al autor de aquél y a sus padrinos, oficios de críticos mordaces contra el concejo local, efecto del infeliz alumbramiento de un programa de fiestas en el que impera el ruralismo y la devoción a la Santa Rutina.

No es ese, afortunadamente para algunos, el móvil del libro.

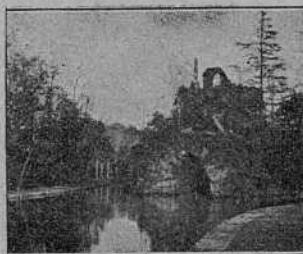
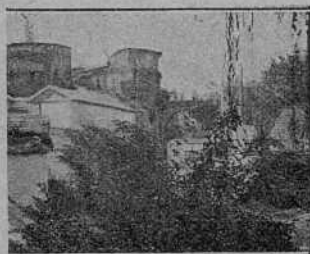


Es EL CORPUS EN GRANADA un modelo primoroso de observación; una filigrana que reproduce con exactitud fotográfica no ya el sol, los caireles y el oropel de nuestras castizas y majas fiestas populares, sí que también el espíritu que las anima y sublimiza.

Las páginas de este libro, que viene a disputarse puesto de honor entre la literatura moderna, infiltran en quien las lee sensaciones heterogéneas, donde la Naturaleza, el Arte, la Poesía y el Amor, aparecen fusionados en grandiosa amalgama, para holocausto de Granada, la musa ideal.

Tal es mi opinión y... el que dice lo que siente, si nó gana indulgencias, se libra, por lo menos, de un remordimiento.

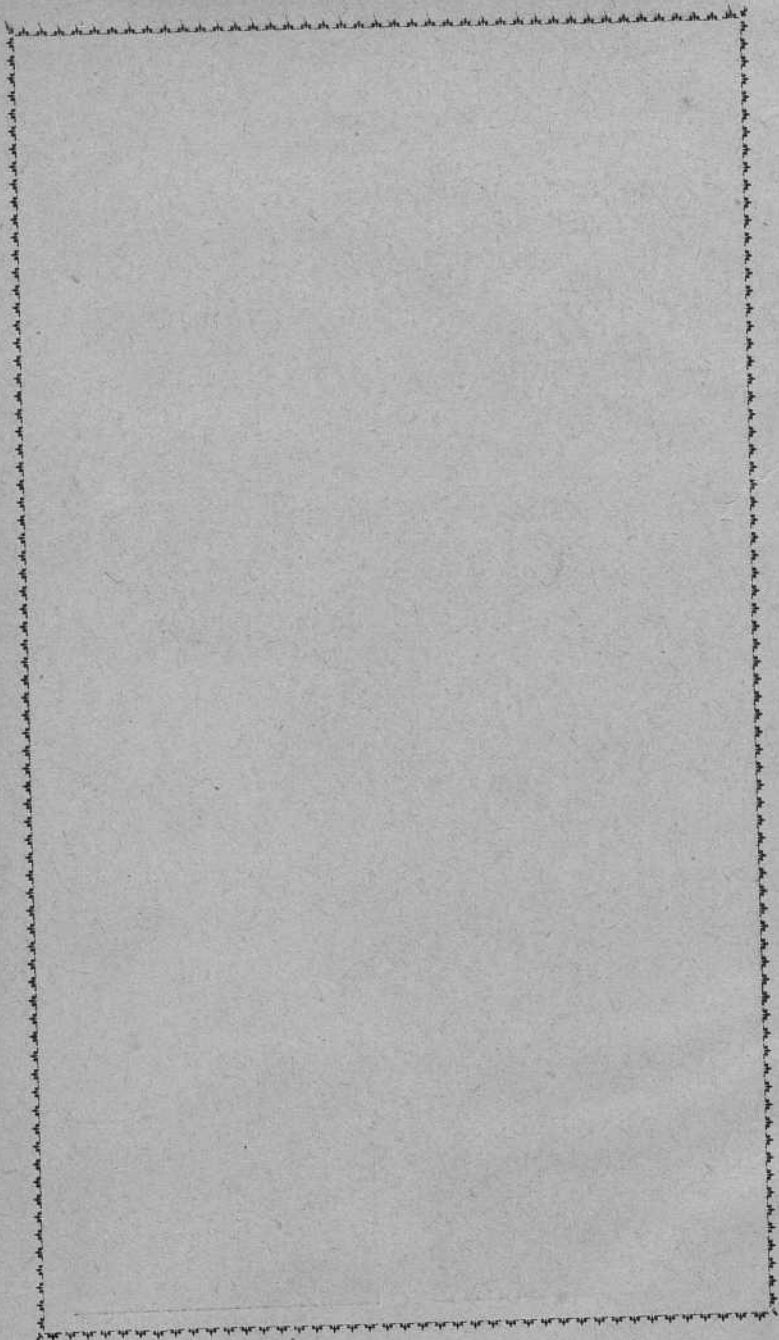
No quise al comienzo de estas líneas, hacer un exordio como los oradores que en busca de un éxito se presentan "huérfanos de condiciones oratorias", y lue-



go se transforman en verbosos, con grave detrimento de nuestra paciencia, porque detesto los efectismos carentes de franqueza y henchidos de altisonancia hueca.

Bellver Cano, amigo por el que siento admiración y cariño, me puso en el *trance* de *cerrar* éstos sus bellísimos "apuntes" y yo, correspondiendo al honor, hice lo que humanamente pude hacer por dar a Dios lo que es de Dios... y a EL CORPUS EN GRANADA, algo, nada más que algo, de lo mucho que se merece.









PRECIO: 2,50 PESETAS







# MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

## BIBLIOTECA

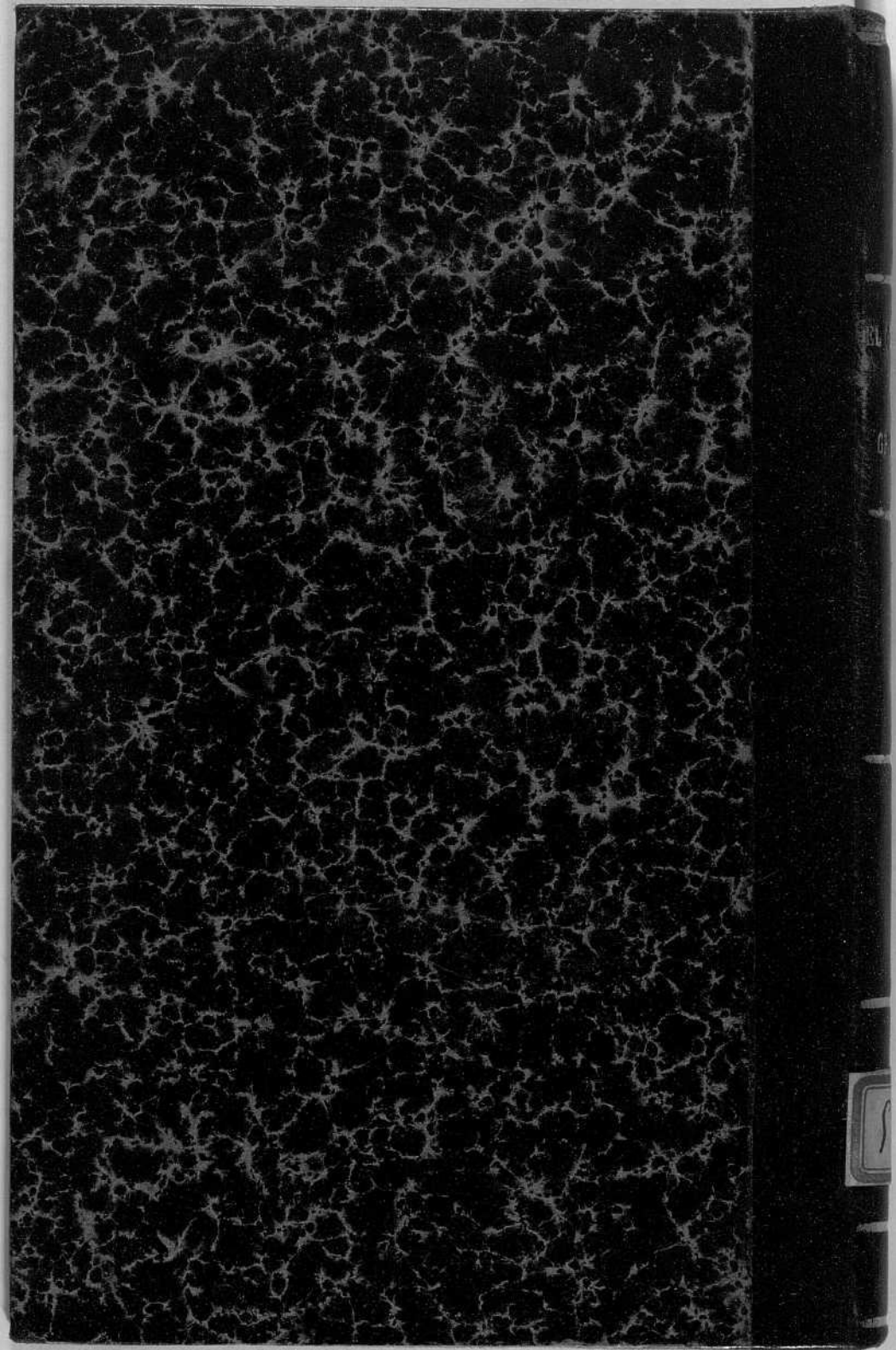
Pesetas.

Número... 595 | Precio de la obra.....

Estante... 2 | Precio de adquisición .....

Tabla..... 6 | Valoración actual.....

Número de tomos..



EL CORPUS

EN

GRANADA

191.